

Número extraordinario
a los dos años de lucha
por la Libertad.

14.ª División



Ayuntamiento de Madrid



GASTELU MACHO

38



DOS AÑOS...



¡CAMARADAS SOLDADOS!

HAN pasado dos años de lucha; han pasado dos años desde el día en que los trabajadores españoles se lanzaron poco más que a cuerpo limpio al asalto de los reductos rebeldes; dos años en los que se han superado todos los obstáculos que se han levantado en nuestro camino hacia la victoria, en que se han vencido todas las debilidades, en que se han aherrojado todos los egoísmos y todas las ambiciones; dos años en los que sólo se ha pensado en la victoria, sin parar mientes en los sacrificios que era necesario realizar para alcanzarla; dos años, dos largos años de sangre y de lucha, con los que el pueblo español ha sido capaz de rubricar sus anhelos de independencia y de libertad.

Hace dos años corría el estremecimiento entusiasta del pueblo por todos los campos y por todas las ciudades de España; los plutócratas, los militares, los capitalistas, los fascistas y el clero se habían sublevado contra los destinos del pueblo español, que con las únicas armas del sufragio y de la ley, estaba asegurando su libertad e intentando conquistar una vida humana y digna para sí y para todos sus hermanos en sufrimiento y en miseria. Lo que gobernantes no habían sabido impedir, el pueblo se lanzó a atajar, confiando sólo en sus propias fuerzas; la rebel- día que hubiera sido tarea de pocos días se prolongó porque de más allá de nuestras fronteras recibieron los sublevados cuanto podían necesitar; cuanto podían necesitar para domeñar la fibra de un pueblo que combatía con uñas y dientes, y que con sus pechos generosos cerraba el paso a las potentes máquinas de guerra del enemigo; sus locos sueños de victoria se desvanecieron al conjuro de nuestra resistencia; y cada día que pasa es una garantía más de nuestro éxito y un triunfo más en nuestras manos.

Múltiples veces nos ha sonreído la victoria; también otras hemos contemplado el gesto adusto del revés; pero ni aquellas hicieron nacer en nuestro pensamiento optimismos peligrosos, ni estos han sido capaces de abatir nuestro ánimo ni de aminorar nuestra resistencia, que es nuestra seguridad en el triunfo final. Por eso hoy, cuando se cumple el segundo aniversario del comienzo de esta gran lucha entablada en los campos de España entre la libertad y la tiranía, entre la esclavitud y la dignidad, nuestras convicciones deben afirmarse cada vez más, y nuestro ánimo aferrarse a la seguridad plena de que la victoria termina siempre por sonreír a quien de una manera ardiente y desinteresada, la quiere y la persigue.

Al cumplirse el segundo aniversario de nuestra lucha, la consigna sigue siendo siempre una y la misma: ¡ADELANTE!
¡Por la victoria del Pueblo! ¡Por el triunfo de la Libertad!

*El Comisario de la División
M. Valle.*

¡CAMARADAS COMBATIENTES!

AHORA, COMO SIEMPRE, VENCEREMOS LA NUEVA GUERRA DE INDEPENDENCIA

por
**Eduardo
de
Guzman**

Nuevamente estamos los españoles empeñados en una lucha a muerte por nuestra independencia. No es nada sorprendente el caso. En realidad, apenas si hicimos otra cosa en el decurso de treinta siglos, desde los días remotos en que los comerciantes fenicios avistaron por vez primera las fabulosas columnas de Hércules. Por el Norte y el Sur, por el Mediterráneo y el Cantábrico, por los Pirineos y Gibraltar, las invasiones se sucedieron como oleadas interminables. En nuestro suelo se dieron cita todos los pueblos y todas las razas de la tierra. Bajaban unos desde los montes brumosos de Germania en busca de las tierras luminosas de Levante; subían otros desde las arenas abrasadoras del desierto a la conquista del paraíso de Andalucía; vinieron todos con la ilusión de llevarse nuestras riquezas, nuestra alegría, nuestro suelo, nuestras mujeres. La novela de España, la epopeya de un pueblo que aún no parió su Homero, en ese combatir incesante, esa lucha perenne, ese heroísmo de todos los siglos y de todos los días. Y el milagro de España, el gran milagro que labramos con nuestro sacrificio y nuestro entusiasmo, es que cuando el estruendo de las armas cesa, la victoria es siempre del pueblo. Durará la batalla seis años o siete siglos; durará todo lo que tenga que durar; pero en definitiva, en España nos quedamos solos los españoles.

Pero acaso tan asombroso como todo esto, es que sea siempre el pueblo auténtico, el pueblo en carne viva, quien resquebraja la situación, quien salva la patria. Para los gobernantes que padecemos en todas las épocas, la historia no encierra lecciones que puedan aprovecharse en previsión de grandes catástrofes.

Cuando las hordas penetran en nuestro país, el militar de cepa y casta solo sirve para ofrecerles su espada como el conde don Julián, para ordenar a los

madrileños que se rindan como en 1808 o para ofrecer España como sangriento botín a todos los Hitlers y a todos los Mussolini que en el mundo puedan ser. A la misma altura, medidos por idéntico rasero, están la aristocracia y el clero, la plutocracia y los terratenientes, toda la hez que con el nombre de la patria en los labios esclaviza y explota. Las clases que se llaman selectas y directoras, no han sido capaces nunca de ponerse a la cabeza del pueblo en defensa de la independencia nacional.

En las horas críticas, en los momentos culminantes de la Historia, el pueblo se encuentra solo frente a su propia responsabilidad y a sus grandes destinos. Por todas partes le rodea la traición; en todos lados le preparan emboscadas; a cualquier sitio que mire no puede hallar sino enemigos. En 1808 se le entrega atado de pies y manos al francés; en 1936 al fascismo italo-alemán. En Bayona, Fernando VII se arrodilla ante Napoleón para

ofrecerle la tierra libre de España. En Roma, Franco y Alfonso XIII excitan la megalomanía mussoliniana mostrándole el camino de una fácil conquista. Ni para el Duce ni para Bonaparte ofrece peligros la empresa. A su lado están todos los resortes del poder; enfrente un pueblo ignorante, sumiso, inerme. No es posible la resistencia. Pero ¿qué podrá hacer aunque la intente? Frente a los grandes generales domineadores de Europa, ante los militares fascistas que acaban de someter Etiopía y aterran a Inglaterra, sólo podrá poner campesinos, pescadores, obreros industriales, mineros... Con mucho entusiasmo, con valor extraordinario acaso. Pero sin posibilidades de triunfo frente a los aviones, a los tanques, a las ametralladoras, a los cañones de grueso calibre...

Y, sin embargo, Murat y Massena, Hugo y Ney tienen que inclinarse frente a Juan Martín, Mina el mozo, Castaños y Alvarez de Castro. Y, sin embargo, Bergonzoli y Von

Fauppel, Berti y Graziani conocen el amargo sabor de la derrota ante Durruti y Mera, a Casado y Rojo. ¿Por obra de estos hombres exclusivamente? No; porque esos hombres son, en un momento dado, representación y síntesis del pueblo; porque con ellos, sintiendo y pensando como ellos, está el ansia de victoria, el amor encendido a la independencia de veinte millones de españoles.

Es el pueblo que, solo, abandonado, vencido, encuentra sus hombres, como encuentra sus procedimientos. Cuando la costra de las clases podridas se rompe con el estruendo mortífero de la guerra, la vitalidad, el espíritu creador, la improvisación genial de una raza única surgen a la luz. En 1812 crea sus Cortes de Cádiz que plasman una Constitución revolucionaria y audaz; en 1936 constituye sus Comités Antifascistas, elabora su Alianza Obrera, resume sus anhelos en un gobierno de unidad y guerra, que da a la lucha la tónica agria, dura, viril que España precisa. En las horas trágicas, el pueblo, injuriado, desconocido, se encuentra a sí mismo, se recupera, resurge. Echa por tierra de un puntapie todo el andamiaje de una sociedad decrepita; edifica con materiales nuevos un mañana transformado, luminoso y riante.

Venceremos ahora, como vencimos siempre. Caerán muchos hermanos; correrá la sangre; se estremecerán pueblos y ciudades bajo las bombas y los obuses. Pero venceremos. No hay quien pueda aplastarnos, porque necesitaría matar uno por uno a todos los españoles. Sitiados en Cádiz, dominada España entera por los ejércitos napoleónicos, los doceañistas tenían viva su fe en la victoria y triunfaron. Igual, si fuera preciso, haríamos nosotros. Nos estamos jugando lo más grande: la libertad como hombres y la independencia como nación. Ante nosotros no hay dilema posible. Solo existe una obligación: ¡vencer!



Eso fué el noviembre madrileño



En el segundo aniversario del comienzo de la lucha en los campos y en las ciudades españolas, surge, claro y preciso, el recuerdo del heroísmo más grande que ha sabido realizar el pueblo madrileño. Si en Julio hubo entusiasmo, ardor combativo, voluntad de vencer, abnegación y heroísmo, todas esas cualidades se elevaron a límites incalculables en las jornadas de Noviembre. Y esto, todo esto, que parecía imposible de realizar, fué la más grande de las victorias de nuestra guerra.

Es que en Noviembre, como en Julio, había palpar de un pueblo en armas en todas las calles madrileñas; es que en Noviembre, lo mismo que en Julio, saltó a ocupar un puesto en los parapetos el entusiasmo de los proletarios. De todos aquellos hombres ejemplares, insuperables, que hicieron del NO PASARAN una realidad efectiva, nos viene un ejemplo claro y una demostración patente de lo que puede conseguir un pueblo dispuesto a vencer, a costa de no importa cuales sacrificios. Y una demostración clara y vigorosa de que es en las masas populares donde está la raíz última de la victoria, y que en ellas y nada más que en ellas radica el triunfo.

V. Orobón Fernández.



Que el reparto de la tierra entre los campesinos, con sus inevitables consecuencias de economía y comercio privados, excluye prácticamente el socialismo y conduce en línea recta a la acumulación de bienes y a la restauración del capitalismo.

Que el cultivo colectivo de la tierra, por permitir en escala más amplia la aplicación a la agricultura de los modernos adelantos técnicos y mecánicos, conducirá necesariamente en corto plazo a un aumento de la productividad que redundará en beneficio de la colectividad socialista y contribuirá a asegurar el desarrollo de la revolución.

(De la ponencia presentada por Orobón al IV Congreso de la AIT).

Precursores de la Alianza Obrera

Cuando bien se piensa, bien se habla, y, del mismo modo, suele hacerse bien todo aquello que no se encomienda a la improvisación, todo aquello cuyas circunstancias posibles se prevén y se meditan. En los grandes movimientos revolucionarios, no conviene encomendar al albur las decisiones importantes.

Las pasiones, los instintos, las fuerzas ciegas que mueven a los hombres, podran compararse al viento que hincha la vela de una nave y la obliga a surcar el mar, pero jamás al timón determinante del rumbo. La función directriz queda reservada siempre a la inteligencia. He aquí unos juicios que tenía presentes Orobón Fernández al intervenir en la lucha de clases. Jamás contundió la miseria o el hambre con el pensamiento revolucionario, ni los medios de lucha con el fin de la misma.

Supo ver todo el valor extraordinario de las Organizaciones obreras, en las cuales se encuentra ya la estructura de la sociedad proletaria del porvenir, y las consideró siempre como el instrumento, no solo más adecuado, sino también imprescindible, para dar al traste con los regímenes establecidos sobre la explotación del hombre por el hombre.

Nacido en el hogar de un ferroviario, en Valladolid, Orobón Fernández, por su propio

impulso, llega en plena juventud al Secretariado de la Asociación Internacional de Trabajadores; recorre diversos países europeos, en apostolado constante de su idea, y unas veces es catedrático, otras periodista, tal día traductor, tal otro colaborador excelente de cineastas tan destacados como Pabst. En la calle o en la cárcel, en el lugar de trabajo o en la alcoba donde lucha con la tuberculosis, constantemente hace labor revolucionaria, impulsa al movimiento obrero, profundiza en el estudio de los antagonismos sociales y explica el mecanismo de la lucha de clases.

Valeriano Orobón Fernández, militante destacadísimo de la C. N. T., murió en Junio de 1936, cuando ya era conocido como una de las primeras figuras del proletariado internacional, y acaso como la más prometedora de España. Desde que los socialistas fueron alejados del Poder republicano, nadie puso tanto empeño como él en la defensa de la Alianza Obrera revolucionaria de las dos Centrales sindicales españolas. Veía en la C. N. T. y en la U. G. T. todo el futuro de nuestro país, y proclamaba que en ese futuro no podría edificarse nada sólido si no se basaba en la unión de ambas Organizaciones. La Alianza Obrera Revolucionaria debe tener presente su nombre, como el de su más clarividente precursor.

José María Martínez



BANDO

EL COMITE REVOLUCIONARIO DEL CONCEJO DE MIERES, A TODOS LOS CIUDADANOS.

Se hace saber a todos los ciudadanos del Concejo, que en el término de DIEZ horas deben entregar a la Guardia de los OBREROS Y CAMPESINOS todas las armas que tengan en su poder, pues en la requisa que se haga pasado ese tiempo serán juzgados por el TRIBUNAL DEL PUEBLO todos aquellos que, después de finalizado el plazo señalado se les encuentre en su poder arma alguna.

Mieres, 5 de Octubre de 1934.

EL COMITE

Toda el alma de Asturias, jovial y brava, la vimos más de una vez en este camarada inolvidable, fuerte como los robles, claro y alegre como los ríos de su tierra, acogedor como sus valles, altivo como el Naranjo de Bulnes... José María Martínez tenía su temperamento entre la mina negra y la dorada sidra, y ese temperamento, de asturiano auténtico, fué determinando, día a día, los acontecimientos de su vida de lucha.

Era un valor extraído por la C. N. T. de la magnífica cantera de Gijón, donde tan puras y finas cualidades adquirieron los militantes del movimiento libertario. De todos ellos se hizo querer, y a todos quiso con afecto fraternal. No había ninguno que fuese débil de espíritu, y, no obstante, entre hombres bien templados, entre luchadores de gran fortaleza de ánimo, pudo ser considerado siempre como un magnífico profesor de energía. No se achicó ante ninguna dificultad; tenía un alma heroica, que se sentía tentada irresistiblemente por el peligro; pero, aunque se vió metido en casi todos los trances difíciles de la lucha social asturiana, jamás perdió su agudo sentido de la realidad, ni la ilusión le empañó los ojos, ni resbaló en el suelo a consecuencia de andar mirando a las estrellas.

José María Martínez, carne y espíritu de la C. N. T., en su trabajo de hombre adverso a lo

sedentario y estático, en el mitin o con la pluma en la mano, fué un magnífico demoledor de toda suerte de hipocresías y de dobleces; no podía vivir sin dar curso a su arrogante sinceridad, y ésta en la que siempre hubo una esencia cordial, absoluta falta de encono, le produjo disgustos, pero no duraderas enemistades.

Entre esos disgustos, tal vez no hubo ninguno mayor que el que renovó día tras día, durante muchos meses, al defender la Alianza Obrera. El veía en Asturias unas posibilidades magníficas, para llevar conjuntamente a la C. N. T. y a la U. G. T. al terreno de la acción revolucionaria. Propugnó con calor la unión de las dos Organizaciones, y consiguió ver realizado su propósito en Asturias, León y Palencia, donde la Regional de la C. N. T. consideraba extraordinariamente el prestigio de aquel militante.

Fué José María Martínez una de las primeras figuras del primer Octubre asturiano. Intervino decisivamente en la preparación del alzamiento proletario, defendió Gijón heroicamente, tuvo la alegría de empezar a organizar el triunfo obrero y murió —a consecuencia de un accidente desgraciado— cerca de Sotiello. La causa por la cual dió su sangre y su vida recoge y eterniza su recuerdo. La C. N. T. y la U. G. T., unidas en la Alianza Obrera, no olvidarán nunca el nombre de José María Martínez.

¡No se perderá Aragón para España!!

No se perderá Aragón para España. No importa que sus capitales y la mayoría de sus pueblos estén hollados hoy por los cascos de los modernos caballos de Atila. No importa que siguieran el curso del Ebro para llegar al mar, dejando en las vegas y en las huertas a rubios teutones y afeminados "figli della Lupa". En Aragón hubo raza ibérica, que legó a los aragoneses recio espíritu y voluntad tesonera. Fueron iberos sus primeros habitantes y dejaron la impronta de su fortaleza. Se comerán los invasores los frutos de su tierra ubérrima, pero no podrán comerse el espíritu de aquellos beliones—de Belchite—que vieron morir a Amílcar Barca, mientras huía y se frustraba la invasión de Aragón; ni amansarán el temple de los herederos de aquellos iberos y celtiberos que tomaron parte principal en la guerra de Sertorio; ni podrán dominar la fiera de los descendientes de aquellos machos que sostuvieron la independencia de Aragón contra vándalos, suevos y álanos, entre los riscos de la zona pirenaica, y formando partidas en la Sierra; ni conquistarán la leyenda que esparcieron en la dominación árabe, los fundadores de la ciudad de Pano, que, vencidos, permanecieron ocultos en los montes, sin renunciar a su independencia, y juraron más tarde, membrudos y altivos, iniciar la reconquista de Aragón, porque eran cristianos e iberos, es decir, dados a la mística y a la épica...

No se perderá Aragón para Iberia. Sus mejores hijos, con la voluntad indomable de la raza, lucharon al lado de nuestras milicias y rescataron de traidores a su patria y a su historia pueblos y ciudades. Desde las tierras aragonesas libres, cantan hoy sus jotas recias de liberación. Y en sus gargantas, la voz no se ahoga, ni se quiebra; tiene trémolos de emoción, porque se la confían al Ebro y saben que las aguas en que se bañan traen besos y caricias de su madre o de su compañera, que los puso más arriba para los bravos

luchadores que defienden, otra vez—la última—la independencia de Aragón.

No se perderá Aragón para España. Pasó, conquistador y creador, otro guerrillero ibérico: Durruti, que despertó el alma aragonesa y la enlazó con aquellos valientes que se defendieron contra cartagineses, vándalos y árabes. Que la enlazó y les mostró todo lo que podía crearse con libertad de independencia. Que se adentró tanto en su corazón y en su espíritu que temía perder pueblos, porque sabía que sus milicias se engrosarían con todos sus habitantes, que, por haber vivido días de libre y auténtica fraternidad, no querían perder al maestro y preferirían abandonar sus tierras y comenzar un éxodo trágico...

Aragón, todo Aragón, será nuestro. Lo juran sus hijos, encuadrados en el Ejército de la independencia patria. Vengarán a sus hermanos muertos. Lo juran como se lo juraron a Durruti, cuando, para salvar la capitalidad de todos los pueblos libres, tuvo que abandonar Aragón y venir a Madrid, donde se hizo símbolo y gloria, faro de la Humanidad doliente y oprimida. Perdieron a Durruti y perdieron, después, pueblos y valles. No importa. No se perdió el espíritu. Durruti, con sus soldados del pueblo, con los trabajadores que se hicieron guerrilleros para defender el pan, la libertad y la cultura de sus hijos, sembraron bien honda y en tierra fértil la semilla de la independencia.

Franco y sus señores invadieron parte de Aragón. ¡Mencávar, para cerrarle el paso, al grito epopéyico de "¡No pasarán!". Los cañones de los traidores, lo ametrallan, y no pierde su ritmo ni su calma. Las privaciones de la guerra le asaltan, y no se aflige ni se conmueve. Metódica y reflexivamente, con pulso firme y ánimo levantado, organiza su vida, mejora sus defensas, restaura los daños y pone en pie de guerra y con vistas a la paz su economía y sus centros de producción y de comercio. guada hazaña! Para conquistar



Espíritu indomable de Aragón. Estampa de la reciedumbre de una raza indomeñable...

las peñas y los ríos y las vegas y los árboles, y las casas y las tapias de las ermitas, hay que conquistar a un tiempo el temperamento recio de sus pobladores, la fortaleza insobornable de su espíritu ibérico, que está en los huertos y en los riscos, pero sólo saben verlo almas gemelas y templadas en el mismo acero. ¿Cómo ha de verlo un alemán totalitario, o un italiano pederasta? ¿Cómo ha de verlo Franco, inferior e

impotente, eunuco que se entregó a la rapacidad de los nuevos vándalos? Aragón se ríe, cachazudo y terco, de la ilusión de los invasores. Comerán sus frutos, pero no se comerán su espíritu. Ese espíritu que supieron insuflarle los iberos y que acertó a regar, antes de partir para la eternidad, otro guerrillero ibérico, forjador de pueblos, que se llamó Buenaventura Durruti.

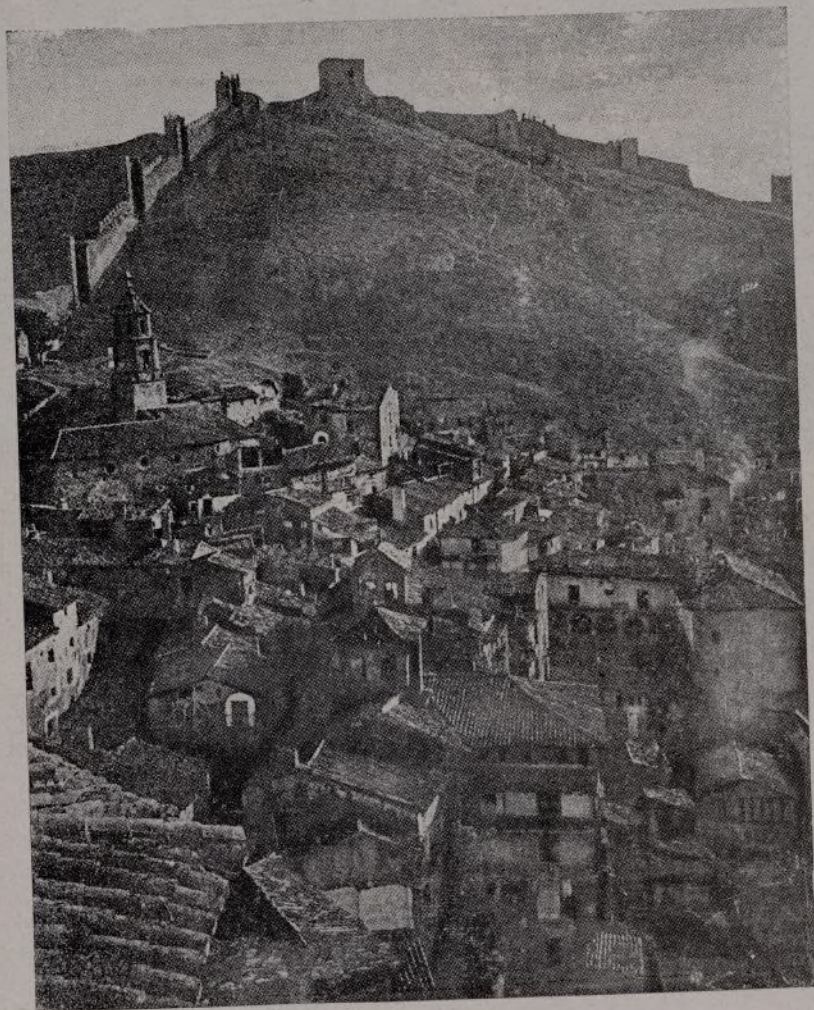
¡Asturias!! Octubre rojo y Noviembre negro.

Asturias entera es un sólo grito. Un grito gigante y viril que rueda y retumba sobre los montes y las llanuras, sobre los campos verdes y las playas doradas de nuestra España. Un grito que llama a los hombres al combate, que señala el camino de la victoria, que impulsa, guía, enardece y alienta: ¡U. H. P.! Frente a la reacción que avanza y el crimen que clava sus colmillos de plomo en carne obrera; contra la barbarie organizada y la invasión de hordas extranjeras; ante una sociedad decrepita y unos métodos salvajes de exterminio y dolor, ¡U. H. P.! Por una patria libre y digna; por un proletariado sin hambre de siglos y opresiones del medioevo; por un régimen de justicia social donde todos tengan derecho al pan y a la cultura; por un mañana riente que plasme en realidad de venturosos nuestros sueños jubilosos de hoy, ¡U. H.

P.! Símbolo y síntesis de un pueblo, unidad férrea entre los explotados, llamarada de rebel-días en las negruras de la re-presión, réplica recia de hom-bres enteros, el grito que besan los moribundos, que muerden los combatientes en el fragor de la pelea, que llena de espe-ranzas los cerebros ilusiones, es un mandato para toda Es-paña, para el proletariado mun-dial. Es, ni más ni menos, que Asturias. Asturias con sus pra-dos idílicos y la maldición ne-gra de los pozos mineros; As-turias con su alegría sana, con su juventud robusta y con la mancha vergonzosa de los cha-rolados tricorrios de la guar-dia civil; Asturias que vive y vibra, que sufre y muere; As-turias que espera la hora feliz de su triunfal resurrección, cuando en las montañas alta-neras y en los valles angostos, junto al Nalón y al Sella can-



La rebeldía dormida en esos espíritus humildes que crepita hoy en un volcan inmenso de descos de venganza...



Albaaracín, Escenario ejemplar de las gestas indomables de las Milicias Confederales.

ten de nuevo victoria los fusiles del pueblo...

Asturias es el U. H. P. plas-mación y síntesis de la Alianza Obrera. Asturias es el Octubre rojo y el noviembre negro. As-turias son los héroes del Mazu-co y La Felguera; Asturias son los hombres como Higinio Ca-rrocera que mantiene su ban-dera de independencia frente a civilones y requetés, falan-gistas y portugueses, alemanes e italianos. Asturias son todos los que cayeron y todos los que caerán; Asturias son Aida La-fuente y José María Martí-nez; Asturias es el ejemplo in-mortal de que por encima de todos los contratiempos y to-das las derrotas, la victoria es siempre de los pueblos que sa-ben defender con ímpetu viril su propia libertad.

En octubre del 34 y en julio del 36 Asturias pelea con idéntica decisión, con el mismo en-tusiasmo, con igual unidad. Es vencida tres años atrás luego de quince días de lucha homé-rica; es aplastado ahora, tras quince meses de incesante com-batir. Toda la barbarie suelta, todos los crímenes de Doval y Yagüe, todo el salvajismo de la represión no pudo hundir el

tesón revolucionario de los mi-neros y los pescadores, de los metalúrgicos y los campesinos. Meses después de creerla muerta, meses después de pa-sar las hordas sobre sus ruinas, Asturias renacía victoria, escu-piendo su desprecio al rostro de los miserables, castigando con dureza ejemplar a los ase-sinos. Ahora también resurgi-rá. Pueden los invasores herir cuanto quieran; pueden arra-sar las ciudades mineras y los pueblecitos rientes; pueden te-ñir en sangre las aguas que ba-jan saltando de las montañas; pueden cubrirse e ignominia y horror. El pueblo resurgirá un día cercano.

Asturias volverá a ser libre; Asturias volverá a ser nuestra; Asturias lavará con sangre de italianos la marca esclavista con que pretendieron sellarla.

Bajo, la bestia extranjera, temblando de impaciencia por volver a la acción, vibra hoy el pueblo asturiano. Que no se hagan ilusiones los vendedores de naciones. Asturias será de nuevo libre. Y a su grito de an-taño, al U. H. P. triunfal, unirá una nueva palabra: ¡vengan-za!

**Con
ojos
de alam-
bre y de
noche...**

Así vigilan nuestros heróicos soldados al enemigo y están atentos a sus movimientos más leves. El paso de un insecto, el temblor de una hoja que sacude su gota de rocío, quedan en la retina y en los oídos de los luchadores que cubren nuestras líneas avanzadas.

Con ojos de alambre y de noche... Sin una duda, sin que el más insignificante esquema de una vacilación nazca en



sus pensamientos encendidos en fe de triunfos seguros y en voluntad de sacrificios generosos cruzan sus miradas el espacio que los separa del enemigo, y buscan la manera de acercarse rápidamente a la victoria.

Con ojos de alambre y de noche... Montan la guardia de sus libertades los soldados del pueblo. Tienen el tesón de los trabajadores que luchan para aplastar definitivamente el mundo de privilegios y de injusticias que durante años y años ha hecho de su carne y de su esfuerzo mercancía dolorida, abierta a todos los negocios y a todas las banderías. Hoy tienen en sus manos su propio destino. Y en los azares de las batallas, en las escenas dantescas de los bombardeos, como en las noches serenas, de silencios y atisbos, ni un solo momento decae su vigilancia. Saben que de tesón y vigilancia se hace la victoria y saben que la victoria es libertad y vida digna. **Con ojos de alambre y de noche...**

La literatura y la Revolución

por Valentín de Pedro

Si el historiador futuro tuviese que acudir a la literatura, como única fuente de información, para saber cual era el clima espiritual de España en los días anteriores al 18 de julio de 1936, su desorientación sería absoluta.

¿En qué grupo literario, en qué escuela, en qué personalidad aislada podrían descubrirse los fermentos que hicieron arder la sangre del pueblo español? La obra reveladora, en ese sentido, no existe. A lo sumo, notas sueltas, expresiones fragmentarias, ante las cuales el historiador habría de proceder casi por adivinación. Se dijera que los escritores —hablamos de la mayoría— vivieron como solitarios en medio de su pueblo. Y si en determinado momento aparecían unidos en "capillas" o grupos, no era una auténtica solidaridad la que los ligaba, sino la conveniencia de una reciprocidad en la defensa de sus intereses: lo que se designó con frase vulgar, pero gráfica, "sociedad de bombos mutuos".

Dijérase que al escritor se creía el único ser verdadero en el mundo que le circundaba; cuando en la mayoría de los casos, quien no tenía nada de verdadero era él. Por eso el pueblo se desinteresaba de su obra, con la cual no podía sentirse identificado; y por eso el escritor fingía ante el pueblo una actitud desdeñosa, cuando no irritada.

De ahí provenía su posición falsante la vida, su andar inseguro, su afán por el logro de una reputación que le permitiera "situarse". Una vez "situado", su preocupación máxima era la defensa de la posición alcanzada; y, en su defensa, desplegaba todas las dotes de su inteligencia. Si alguna vez se arriesgaba a cambiar de postura, a declararse en rebelión —siquiera fuese de una manera platónica—, era después de haberlo meditado mucho y de haber llegado al convencimiento de que aquel cambio de postura iba a ser favora-

ble para sus intereses particulares.

Este divorcio entre los escritores y el pueblo, se hace más evidente en los últimos tiempos: a medida que la marea revolucionaria iba subiendo y era mayor el contenido dramático de la vida del pueblo, los escritores ponían más empeño en apartarse de la realidad, talificando la vida unos, para halagar a su clientela; deshumanizando el arte otros, con el propósito de situarse por encima de los demás mortales. Dos modos de soslayar la realidad, de no enfrentarse con ella, para no tomar partido por las luchas que se desarrollaban a su alrededor.

Se comprende que estos escritores estuvieran situados, consciente o inconscientemente, en el campo faccioso y tascista; aunque este caso, como todos, tiene sus excepciones. Citaremos solo a un dramaturgo y un poeta que lo eran de verdad, y que por serlo jamás mixtificaron su arte; Jacinto Benavente y Antonio Machado. Por las escenas de "Señora ama" como por las estrofas de "La tierra de Alvargonzález", corre la sangre viva del pueblo. Por eso hoy están con él.

Para los que, con un gesto de suficiencia y desdén, habían vuelto la espalda a la realidad; para los que habían hecho de su arte mercancía; en fin, para todos los que se sentían ajenos a los sueños, inquietudes y dolores de su pueblo, fué fácil evadirse del conflicto terrible que se planteó en España el día 18 de julio de 1936. Tenían la levadura del "neutral". Y esto, en el caso más favorable, ya que en la mayoría ha podido apreciarse una levadura aun peor: la del faccioso.

En los días, meses —pronto hará años—, que llevamos de guerra y de revolución, hemos visto hasta qué punto ese escritor que se creía el único ser real moviéndose entre ficciones, era una ficción, no tenía existencia verdadera.

—Fulano está en París—,

—nos dicen—. O bien: Mengano colabora en un periódico de Buenos Aires...— Y el hombre del pueblo, que está escribiendo con su sangre la epopeya más grande de los tiempos modernos, se pregunta: —¿Pero existen Fulano y Mengano? ¿Es que acaso han existido nunca? Sí: porque del mismo modo que no todos aquellos a quienes enterramos —los héroes de esta epopeya— están muertos, hay muchos otros complejo de soledad en que se —esos evadidos, esos "neutrales", esos facciosos— que están muertos, aunque no los entierran.

El 18 de julio de 1936 empieza una nueva Era para la literatura, como para todas las manifestaciones de la vida española. Se ofrecen al escritor que de verdad lo sea, perspectivas inmensas y luminosas. Si no estaba muerto, la Revolución será para él sinónimo de Liberación.

Vivo está quien alienta hacia la luz; quien se esfuerza por sacar los pies del barro si se

encuentra metido en una charca; quien se subleva contra la injusticia; quien no acepta desigualdades humillantes; quien sufre por las imperfecciones humanas; quien lucha por un ideal... Por eso, cuando se produce una revolución, todo lo vivo está con ella: porque en la revolución existe la posibilidad mayor de renovarse; de que acaben las injusticias; de que las imperfecciones fertilicen los espíritus, como un sol que hace madurar espigas y se realicen; y de que la libertad se corrijan; de que los ideales fructifiquen...

Los escritores que verdaderamente puedan considerarse hijos de la Revolución, lo serán por su identificación con el pueblo, habiendo superado ese perdieron las mejores cualidades de sus antecesores, y así estarán en condiciones de realizar una obra hondamente popular, nacional, por tanto, y, por lo tanto, universal. Porque nada grande se crea, en literatura, sin la identificación del escritor con su pueblo.

No hay español que pueda olvidar un instante que el carácter y el sentido de nuestra lucha es lisa y llanamente la defensa de nuestra independencia.

Ocultar ésto, es sentirse aliado de los vendedores de patrias, es tanto como colaborar directamente en la masacre vil de nuestras ciudades abiertas, es en resumen sentirse un servidor más del fascismo.

¡Por la defensa de nuestro suelo, hollado cobardemente por las pasiones extranjeras, tensos los nervios y en alto todos nuestros valores!



Una fecha decisiva en la historia de Inglaterra, por Mariano Aldave

Al evocar cómo se encontraba Europa el 18 de julio de 1936 una noticia viene a poner de actualidad el gran error de Inglaterra al iniciarse esta dramática lucha que se desarrolla en España y que sólo es el eco del duelo hegemónico de la competencia que las potencias fascistas están librando entre las democráticas, exactamente igual que ocurrió al estallar aquella matanza del 14. Tal noticia es todo un documental de la política exterior inglesa, cuya solución de continuidad se manifestó al empezar la guerra civil española, luego en guerra de invasión convertida.

Esta noticia la comenta el diario de Londres, el "Daily Herald", atribuyendo al Gobierno de "los lores" el propósito de realizar una política de aproximación con Portugal, con vistas a una "reafirmación" de la alianza angloportuguesa, rota desde que empezó la política lusitana a girar en torno a Italia y Alemania. Tales propósitos, de ser reales, tienden a atraerse de nuevo a Portugal, animando al satélite inglés a hacer tal viaje, esta esperanza: Inglaterra defenderá su imperio colonial, aportando una ayuda sustancial al rearme y a la reorganización de la economía portuguesa. Para ello se piensa en ganar la simpatía del Presidente Carmona en su viaje al África occidental, rindiéndole honores dos buques de guerra ingleses. Este honor se epilogaría con la galante invitación al general Carmona para que visitara Londres, así como ofrecerle un empréstito para mejor desarrollar la vida económica de sus colonias.

¿Qué nos dice todo esto? Esto nos dice toda la torpe política desarrollada por Inglaterra en el problema de la guerra de España. Veamos.

El 18 de julio de 1936, fecha decisiva en la historia del Imperio británico, Portugal creía en la eficacia de su alianza con

la temible Albión, como el mundo creía en la eficacia de la Sociedad de Naciones, a pesar de que había consentido el robo de Manchuria por el Japón, la invasión de Abisinia por Italia y la militarización del Rhin por Alemania. Pero desde que comenzó Londres a pensar solo en su egoísmo. Portugal, símbolo de la torpe política exterior británica, recuerdo que la Gran Bretaña, a fin de resolver el hambre de colonias que tenían las dos naciones más pobladas de Europa, es decir, Alemania e Italia, había dado motivos para que la prensa mundial aireara la especie de que se iba a hacer un reparto, pero no a base de dar las grandes potencias parte de sus colonias a aquellas, sino desgarrando el patrimonio colonial de las pequeñas potencias, como Bélgica, Portugal y quien sabe si hasta entrando a saco con las de Holanda.

Esta especie, basada en el egoísmo de los mercaderes, siempre dispuestos a sacrificar al debi, hizo que Portugal se saliera de la órbita inglesa, entrando a formar parte del sistema político italoalemán, hasta convertirse en un mero satélite del mismo, sirviendo cumplidamente los planes de conquista de los tiranos de Berlín y Roma, en su disputa de poderío a Francia e Inglaterra. En demostración de que el apartamiento de la órbita política inglesa fue absoluta lo demostro Portugal al cerrar su tierra a los observadores británicos, cuando los primeros hundimientos de buques ingleses, dando esta prueba de fidelidad a sus nuevos protectores.

Por ello, según esta especie, se viene en demostración que Inglaterra ha perdido dos años preciosos, relajando todos aquellos valores que se cotizaban en la conciencia de Europa, sin conseguir otros frutos que ver en plena quiebra a una Institución como Ginebra,

agencia magnífica de mandatos para Francia e Inglaterra. Y es ahora, ahora que estamos cumpliendo los dos años de ludibrio del derecho de los pueblos a gobernarse según su propio deseo, cuando la Gran Bretaña busca ayudas que dejó perder...

Tardía reacción, sí, porque pone de relieve que la brujula inglesa nordestea, sin acertar a marcar su ruta. Tardía rectificación de errores, sólo rectificables ya por el hecho violento, tan temido por las potencias que tienen puesta su garra en las cuatro quintas partes del planeta, cuando tan fácil hubiera sido resolver este dualismo si Francia e Inglaterra no hubiesen aparecido insolidarias, primero cuando en la invasión etíope y después cuando Hitler invadió la cuenca del Rhin, rotando de Francia, resgando el tratado de Versalles y haciendo caso omiso de los acuerdos solemnes de Stresa.

Dos años de guerra en España; dos años de intamia para las potencias que la consintieron, con estos hechos: el Ejército alemán sigue velando sus armas a lo largo de las fronteras del III Reich, animando a las minorías de sangre alemana a que sigan minando los cimientos de los Estados de la Europa Central, sean o no numerosas estas minorías, así como en el Silesia, como en la zona tudesca belga, como en las tierras de Alsacia y Lorena, amenazando a Hungría y provocando a la guerra civil en Checoslovaquia, para desarmarla y mediatizarla después.

Dos años de torpe política francoinglesa, insolidaria, torpemente insolidaria, tanto para defenderse como mantener en un colmo de respeto a los dos grandes tragediantes que desde veinticuatro meses se están mofando del mundo, demostrando que sólo existe la violencia y el crimen.

¡Y es ahora cuando se habla de desarme en París y en Washington! En estos momentos en que las bases que han sido la garantía de los pueblos, han sido removidas consintiendo el descomunal destrozo, cuando se espera modificar la situación apartando del sistema italo alemán a Portugal... ¡Ahora!

¡Qué grandes son los políticos que tantas vergüenzas han consentido!... España era, y es, el escudo de la paz; su sangre se derramó y se sigue derramando en beneficio de la paz y de la libertad de todos los pueblos, igual de los grandes que de los estimados como secundarios en el juego político-económico mundial. Y sin embargo, España fue maniatada y engañada por esas mismas potencias que tenían en los españoles sus principales defensores frente a sus agresivos enemigos.

Es ahora, cuando en la India se puede repetir la campaña de terror y sangre que desarrolla el fascismo en Palestina, poniendo en peligro el petróleo del Irak, necesario para alimentar las naves inglesas en el Mediterráneo oriental, quitando a la Gran Bretaña la base sustantiva de su poderío, puesto que trabajan para unos miles de familias poderosas trescientos veinticinco millones de esclavos, alimentados con un jornal de tipo colonial, cuando se quiere modificar tales errores y tales crímenes. ¡Ahora!

Ante el cadáver político de Austria, ante la ruina moral de Ginebra, ante el peligro que amenaza a Checoslovaquia, ante el egoísmo del capitalismo mundial, impulsor del fascismo en el mundo, sólo España sigue siendo una esperanza de salvación en este juego sangriento en que Europa vive los prolegómenos del duelo terrible que amenaza estallar, para resolverlo con las armas en la mano, exactamente igual que hace España.



d o l o r o s a s

¡¡Mujeres de España!!

Embrujados poemas carnales
con la esencia vital de mi raza;
orgullosas igual que Belkís
y graciosas sin par en la gracia;
hoy, sin alegría;
mas, como ayer, santas...

¡¡Mujeres de España!!

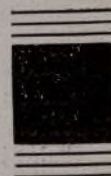
Compañeras, aquí, de los héroes
que con sangre fecundan su patria,
van subiendo el Calvario con ellos,
cada vez más tristes,
cada vez más altas...

¡¡Mujeres de España!!

Ofrecidas, allí, por traidores
que pusieron en venta su patria,
a la furia bestial de las hordas
portuguesas, rifeñas,
italoalemanas...

¡¡Mujeres de España!!

Algo más que mujeres aquí,
y allí carne al fangal arrojadas;
pero aquí, como allí, Dolorosas
a quienes la guerra
les dejó sin lágrimas...



Mandar es prever

Una buena observación, puede ser decisiva en un combate.

Se repite con frecuencia que mandar es prever. Lo que no se dice tan a menudo, como convendría, es que mandar es "haber visto".

La observación se ha convertido en una táctica que solo puede dominarse tras un minucioso entrenamiento.

La elección de los observatorios, la práctica en el manejo de los aparatos de observación y el modo de dar cuenta de lo investigado han alcanzado en esta guerra moderna una importancia tan determinada que puede ser llamada "La batalla de los Ojos", como tan acertadamente la bautizó en la guerra europea el General JEAN PIERRE.

El observador debe persuadirse de que su misión es muy delicada y que, la preparación, el desarrollo e incluso el resultado del combate, depende en gran parte de una buena o mala observación. Por tanto, por muy limitados que sean los medios y el campo de acción de un observador de infantería, su labor constituye una colaboración con el mando y ha de influir en las decisiones de éste.

En la guerra, observar es tratar de percibir por los sentidos, ya sea directamente o por procedimientos mecánicos, todos los fenómenos que puedan proporcionar informes sobre la situación del enemigo.

Los observadores han de tener en cuenta que el informe más insignificante ha de ser recogido con el mismo interés que el que se suponga más importante, pues los pequeños detalles son los que llegan a formar una información completa para la Sección de Información y, por tanto, para nuestros Jefes. La norma, pues, debe ser ésta: Registrar todos los fenómenos percibidos.

El terreno de observación no tiene más límites que los que alcanzan sus medios de investigación. Estos límites se extienden cada día más, debido al perfeccionamiento del material y de los procedimientos empleados. Actualmente la obser-

vación dispone de todos los adelantos modernos, entre los que se cuenta el avión, pero en lo relativo a la observación terrestre este alcance es muy relativo y variable y depende de la dotación de que dispongan los observatorios. Un observatorio de Batallón, que no cuenta más que con un par de gemelos, no puede escudriñar la extensión de terreno que vigila, un Observatorio de Brigada o División, que cuentan con personal, por regla general, más especializado e instruido y dotado de aparatos más modernos y precisos. No obstante, los observatorios de Batallón, por estar emplazados en primera línea, facilitan informes muy importantes, que se llaman "de contacto". Estos informes completan, confirman o anulan los que han conseguido los Observatorios de las Unidades superiores.

La atmósfera es un factor muy importante en la observación, ya que en tiempo de lluvia o con neblina, el campo de observación queda reducidísimo. De noche, como es natural, la observación sólo puede registrar los resplandores, destellos, luces y sonidos, pero nunca su trabajo puede ser nulo, porque el observador de infantería ya hemos dicho que trabaja también con los sentidos, y por consiguiente, cuando la observación es reducida y le impide ver, HUELE y ESCUCHA. Por tanto, el observador debe consignar todos los fenómenos que percibe, sin excepción alguna.

La observación debe ser permanente tanto de día como de noche, antes, después y durante el combate.

Los observadores de Compañía, por estar en primera línea, deben vigilar los ángulos muertos que tienen delante los Observatorios de Batallón, Brigada y División. Debe incluso colocar ciertos puestos de acecho para la vigilancia de las partes de terreno que por su forma queden fuera de la visión de los mencionados observatorios de Batallón, Brigada y División.

Un observatorio de Batallón debe cuidarse, especialmente, de vigilar el terreno frente a él que ocupa su Unidad, sin que por eso descuide la vigilancia de sus dos flancos. Únicamente debe atender a vigilar los movimientos del enemigo en primera línea.

Los observatorios de Brigada y División son los encarga-

De tal semilla...



La juventud, atenazada sordamente por el círculo cobarde de la más cobarde hipocresía. He aquí, todo el sistema pedagógico que las hordas fascistas, han logrado imponer entre los suyos, continuación de un mecanismo cruel y absurdo, en el que basaron siempre el secuestro del sentimiento, índice de una educación oscura, enemiga cerril del pensamiento.

Formados así, los jóvenes de la España negra, se concibe sólo que se puedan generar los vendedores de patrias al estilo y temple de los generales traidores. DE TAL SEMILLA...

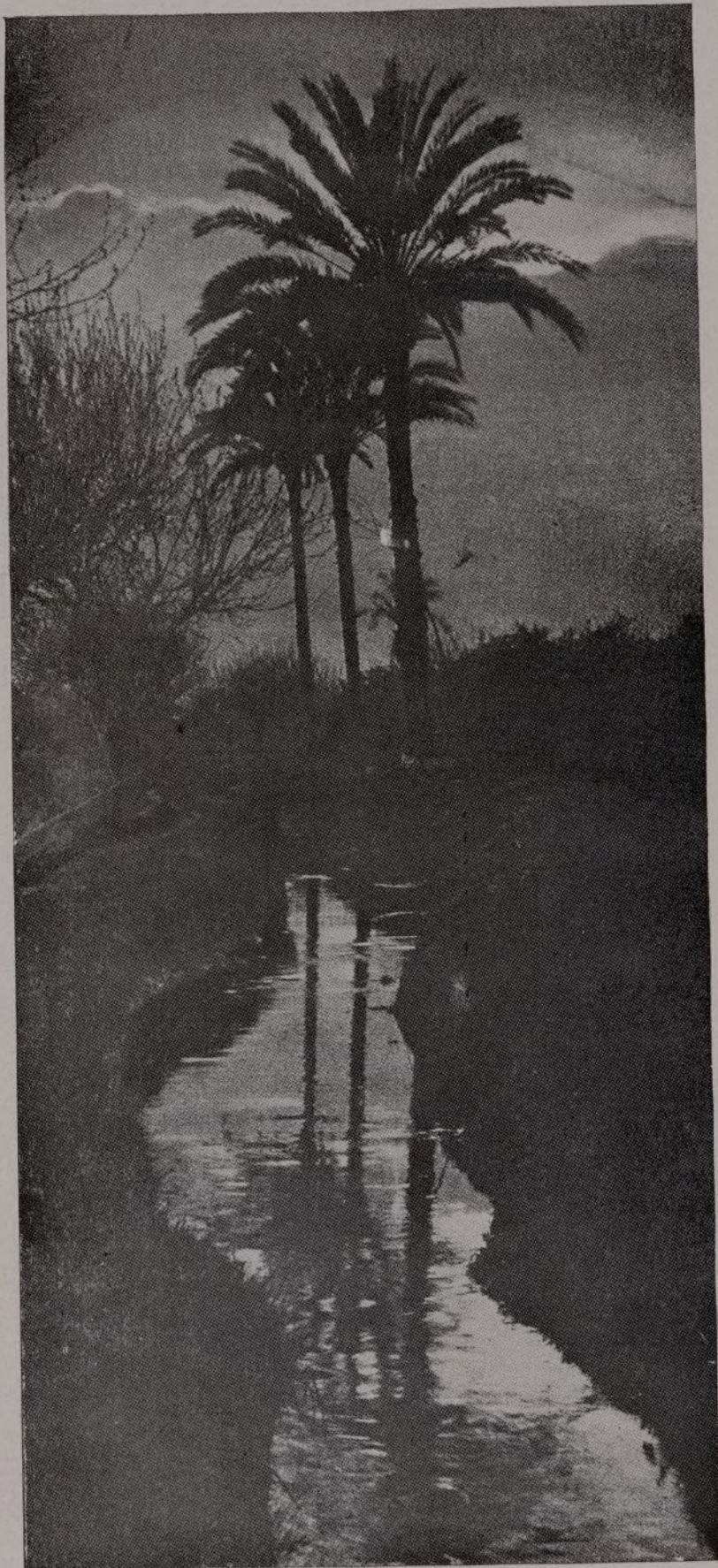
dos de vigilar todo el sector, y más en particular los movimientos del enemigo en su retaguardia, para prevenir al mando de los refuerzos, tanto de material como de personal que pueda recibir éste.

No olvidemos que el Mando, para tomar decisiones, debe es-

tar bien informado. Una buena información puede ser decisiva en un combate. Para conseguir esto, es necesario que todos, desde el último soldado hasta el Jefe, colaboren en la observación, ya que ésta ocupa un lugar destacadísimo entre las diversas fuentes de información.

|| LAS ISLAS BLANCAS

Una ambición de Mussolini: las Baleares.



¡Pobres islas blancas! Estaban lejos de todo dolor, de toda lucha. Solo sabían de una existencia plácida y serena, dormi-

das entre su cal y sus palmas, sobre el quieto azul del Mediterráneo.

¡Pobres islas blancas! De

cinco nombres que tiene vuestro análisis, solo uno recuerda libertades: Menorca.

Los otros cuatro llevan en sus letras y en sus suspiros el negro de las camisas que Mussolini envió para someteros a su férula. ¡Pobres, pobres islas blancas y risueñas que teneis que sufrir los taconazos del Conde Rossi y sus esclavos! ¡Pobres, pobres islas blancas que desde hace dos años lloráis el dolor de vivir sometidas al yugo de la más odiosa de las tiranías!

Pero no os apuréis. Los trabajadores de España velan, luchan y saben morir por todos los oprimidos. Cerca de vosotros, muy cerca, en una de vosotras mismas, palbita, radiante, inextinguible, la llama sagrada de la libertad. Recordad que en Menorca los pechos proletarios suelen cantar canciones de libertad. De esa libertad que es fe y es brasa que ni apagan los vientos, ni extingue el mar. De esa libertad que un día os llegará a todas en las crestas cubiertas de espuma blanca de las olas amigas.

¡No os apuréis! ¡Tened confianza!

¡Tened fe! ¡Es que va habéis olvidado a los hombres de Bavo?

Pués como aquellos hay millares, centenares de millares,

millones que irán a vosotras a devolveros vuestra paz, haciendo huir para siempre de vuestras campiñas fértiles, de vuestras costas plácidas, a los negros fantasmas de la dominación, del dolor y de la muerte.

¡Animo islas blancas! ¡No estais solas! Todo un pueblo heroico está dispuesto a luchar por vuestra libertad, que es su misma libertad, que es la libertad hasta para las gaviotas que tienen hijos entre vuestros acantilados. ¡Animo, islas blancas!

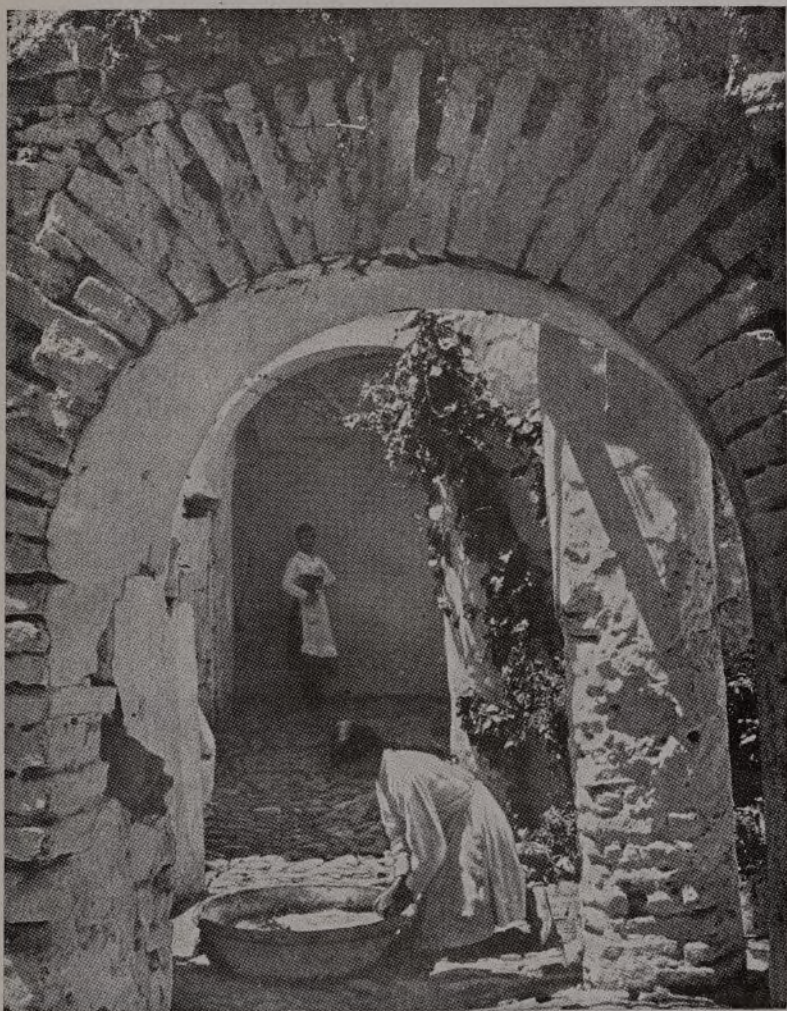
Está cercano el día en que sobre vuestros "TALAYOTS" se enciendan luminarias que llamen a vuestros hijos a la lucha contra la tiranía y la esclavitud y en que todos vuestros hombres hagan viva una vez más el valor heroico de los viejos honderos, más fuertes que esos, que con las aristas apuradas de sus guiarros romperán la frente a quienes pretendieron manchar vuestra blancura y turbar la calma serena de vuestros crepúsculos.

¡Animo, islas blancas! Los hombres que quieren haceros nidos de piratas, neores que por la fe del pueblo español, trados sus sombríos pronósticos, bestias carniceras, verán frustrar vuestra misma fe y anhelo de victoria, vosotros volveréis a ser lo que siempre habéis sido: ¡Las islas blancas!

El Ejército Popular, cubierto de gloria al defender palmo a palmo la tierra que en vano quieren arrebatarse, no sólo cimienta su triunfo con la certeza de su brava resistencia, sino que capacitándose con maravillosa elocuencia, hora tras hora va mostrando al mundo entero de todo lo que es capaz un pueblo que a toda costa quiere ser libre para siempre. Y de ahí, esos ejemplos de singular heroismo y esa intuitiva concepción de las más geniales iniciativas y la ponderada solvencia de sus aciertos y la garantía de sus venideras jornadas triunfales, de la que partirá sin duda la clara ruta de la total liberación española.

Revolucionarias

Las mujeres incorporadas al



A dos pasos del frente, manos femeninas,— las mismas que supieron alternar el “mono” de miliciana con la sencilla toilette de sus mantos propios,— trabajan sin descanso para que nada falte en el diario aseo de los compañeros que luchan por la libertad.

En esta guerra no se ventila ninguna cuestión de amor propio, porque el triunfo no podrá ser de un partido: Será de la nación entera.

El glorioso Ejército Popular, que creó su tesón con un terrible aprendizaje, está formando con sus pechos el escudo para que entre tanto, la verdad y la justicia se abran paso en el Mundo.

Mujeres en el tranvía... Incorporadas al Ejército de la producción, las mujeres, las mismas compañeras que en los albores de la sublevación de Julio, no dudaron un instante en empuñar las armas y en estimular con su ejemplo, la gesta heroica del pueblo, hoy ocupan su puesto de responsabilidad sustituyendo a los brazos que bravamente detienen el avance enemigo, parándole en seco por tierras de Levante.



Mujeres en las fábricas... La labor de guerra, necesitaba un ritmo acelerado y febril. Había que producir más y mejor. Los tornos y los moldes, el yunque y la fundición, esperaban ardentemente que manos amigas le impulsasen hasta conseguir el máximo rendimiento. Y han sido las manos leves y suaves de las obreras madrileñas, las que se han apresurado a acariciar los útiles del taller, superando un esfuerzo y llenado un hueco vital y necesario, con la improvisada e intuitiva alegría, de quien sabe a lo que obliga, el prestigio de una causa, que más que a nadie afecta a las madres españolas, ya que se trata de intentar el despojar a sus hijos de su cuna y de su libertad.

Mujeres en el campo... La cosecha estaba en su punto aligido. Los planes del Estado Mayor de nuestra Economía, dictaban una celeridad y una pre-

Atenta, solícita, con el recuerdo fijo en las horas de pensamiento del frente, donde su compañero arde en deseos locos de triunfo, la cobradora del tranvía, atiende las indicaciones del público: ¿Me haces el favor en la primera?

Y una sonrisa y un timbrazo responden a la encuesta.



Al pie del torno, ¿quién se acuerda de aquellos agradables «colilleros» donde tantas horas se pasaban como el viento? El tiempo es oro.

de hoy

Ejército de la producción



Nunca llevó en su casita una contabilidad tan formal. Hoy, ¡lo que es la guerra! hace números por la calle, entre los vaivenes del coche jella, por quien tantos hombres no dejan de hacer números siempre! Y ahora, hasta el último céntimo, sin posible error apesar de ese maremagnum de moneda fraccionaria.



En el campo, como en el propio hogar, la revolucionaria de hoy, trabaja de sol a sol, con una sola ilusión: producir.

mura, en consonancia con el interés del objetivo propuesto. Había que acudir con urgencia a la faena del campo para aprovecharse de la ubérrima cosecha, que serviría de normalizada resistencia y de base segura para el triunfo anhelado por todos. Y la mujer espontáneamente se sumó a esta necesidad, doblando sus gracias ante el príncipe azul de un deber antifascista que les llenaba de orgullo y de satisfacción.

Y ahí están las obras. Un servicio tan popular y tan irremplazable como el servicio de Tranvías en Madrid, se ve asistido por la laboriosidad de centenares de compañeras, que solícitamente, llevan a cabo su cometido con una suficiencia tan exacta que hace sospechar y pone de relieve, la utilidad de los brazos femeninos en muchos trabajos, ajenos hasta ahora al radio de acción de la mujer.

Una producción de guerra intensificada, como ejemplo hasta límites insospechados, acaba de dar un mentis rotundo a los espíritus enclenques y enfermizos que regateaban a la mujer, títulos y dotes que la realidad se ha encargado de evidenciar, con caracteres hiperbólicos.

Una cosecha recogida hasta su último grano, es prueba indudable del entusiasmo puesto en el trabajo, como si en la trinchera del campo —y esta era una indudable verdad— se

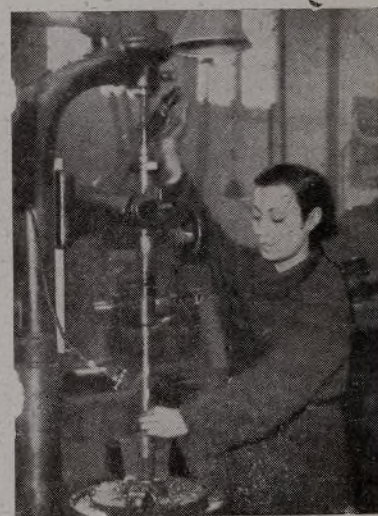
conquistasen laureles idénticos a los frentes de batalla.

En la calle, en el taller y en el campo, la mujer española, ha dado al aire como enseña gloriosa, con su voluntad de vencer, todo el enunciado y la trascendencia y el sentido del carácter de nuestra lucha. Lucha a muerte por la defensa de nuestras libertades y de nuestras propias vidas, lucha hasta el fin para salvar a España, del humillante dogal de una dependencia extranjera que habría de convertirnos en miserable material colonial.

Mucho le debemos, justo es consignarlo a ese tesón heroico



Mucho más difícil y mucho más duras, eran aquellas horas de larga espera, en la soledad del hogar, en las que como único consuelo, alguien le deslizaba al oído: «Si las mujeres sirvieran para algo»...



Hoy, jubilosas, ven el fruto de su autoridad y sonríen satisfechas, seguras de que el acierto de su intenso producir, es una clave preferente de nuestra victoria. Y sin perder minuto se van superando así mismas.

y singular de nuestras mujeres, las mocitas de España, para las que el mundo tendrá siempre un recuerdo y una deuda que saldar, en cuanto intentemos valorar el esfuerzo gigante que representa la colaboración eficaz de esos brazos y esos corazones femeninos, dispuesta siempre a estallar de entusiasmo y fervor por el triunfo total de la causa del pueblo contra el fascismo.

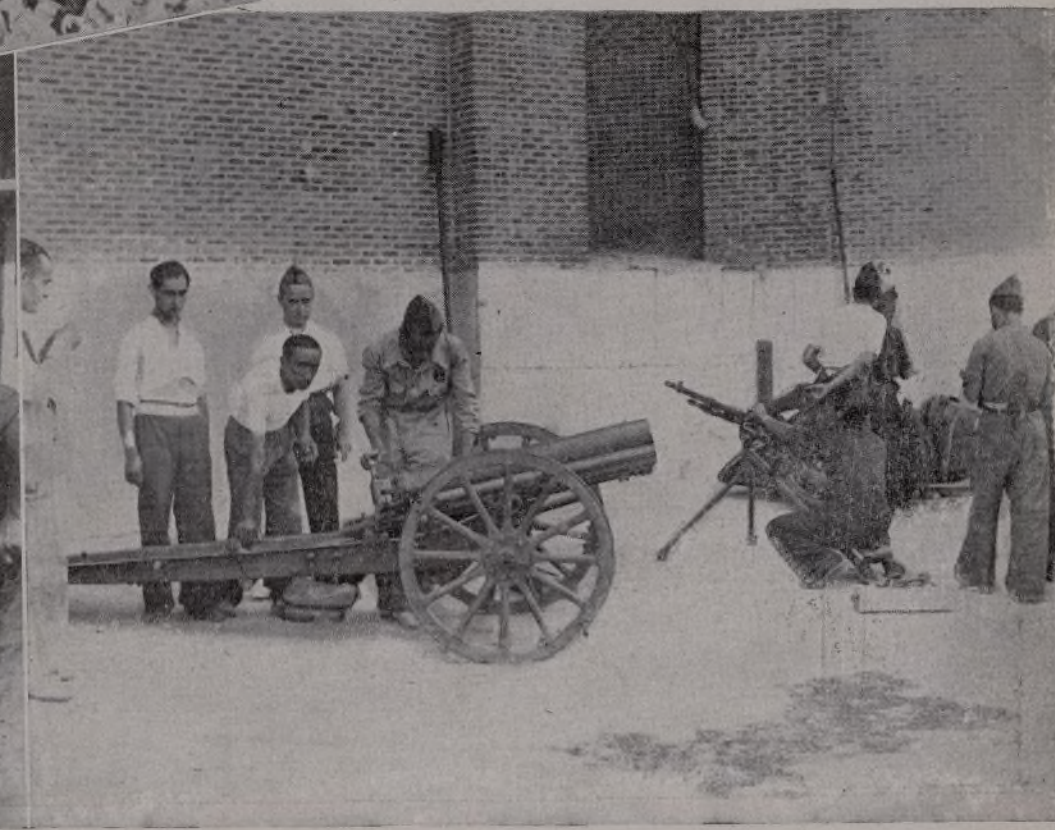
La política seguida por el Comité de No Intervención, será juzgada por la Historia.

JULIO 1936



Fotos

Y
U
B
E
R
O



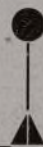
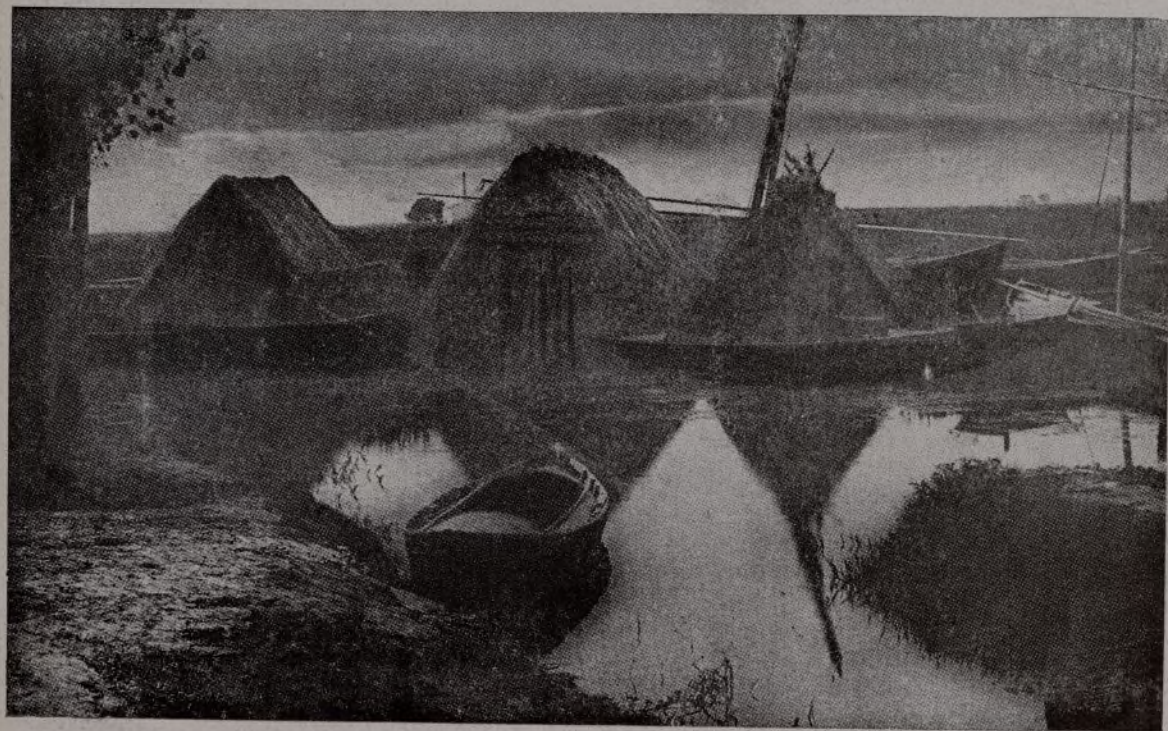
UNA eclosión de incontenidos y desbordantes entusiasmos. Un pueblo puesto en pié, ante el mágico resorte de su dignidad herida. Un alarido de triunfo, en un amanecer luminoso. Un signo gigante, en la página señera de su historia. Un ejemplo y una lección al mundo entero. Eso fué el Julio de 1936, para el porvenir rosado del proletariado de España.

Ayuntamiento de Madrid

PAISAJES

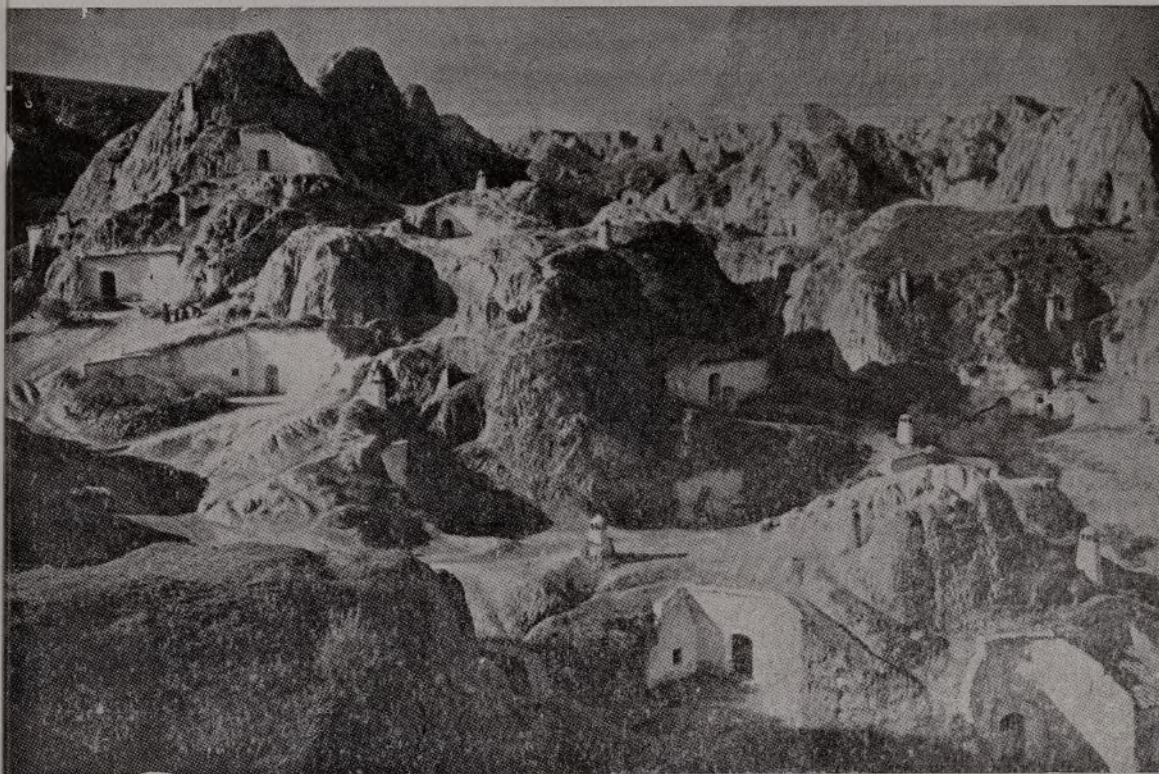


Como un tapiz histórico, este paisaje madrileño, único escenario de la epopeya más viril que conocieron los siglos, se extiende por Europa, engalanando con los claros oscuros de sus luchas épicas, los aleros de las democracias, que cohibidas de tanta grandeza empiezan a pronunciar con admiración y respeto el nombre de España.



Paisaje levantino. Ayer, cristal limpio donde se reflejaba tranquilo y alegre. Hoy, cruza inexpugnable, ante la brutal avalancha del fascismo internacional. En sus aguas, que iluminaron de verdor sus naranjos, y bajo el sol donde se cuajan tantas obras de arte, se esquejan las ferocidades de la traición, con mueca cruel y monstruosa.





**C ó m o e l
fascismo
obliga
a
vivir
a los
h u m i l d e s**

Si los, albergues en las entrañas rocosas, cabañas resacas y agrias hartas de soportar inclemencias, he ahí, el marco que el fascismo reservó a los que todo lo dieron siempre, para que los menos triunfaran sobre sus crueles egoismos.



Ayuntamiento de Madrid

¡Vizcaya! Crisol de fuerzas proletarias, pronto sus hornos humeantes se tragaron los intentos de rebeldía que en su seno surgieran. Y haciendo carne y lucha el sentido universalista de los proletarios, sabiendo que más allá de los límites estrictos de sus tierras crujía la guerra, a buscar nuevas luchas —que eran libertades nuevas—, marcharon sus hijos mejores.

Pronto sus brazos se juntaron en abrazo fraterno con los de otros proletarios, y juntos todos marcharon al asalto de uno de los reductos desde los cuales el señoritismo decadente pensaba ceñir nuevos grilletes a las piernas desnudas de los proletarios españoles. San Sebastián no pudo resistir el empuje de aquellos hombres heroicos y pronto en sus calles y en sus plazas resonaron, triunfales, los himnos revolucionarios que hallaban a los corazones populares de liberación y de triunfo.

Y después, paso a paso, con la firmeza incontenible que dan las ideas claras y los anhelos precisos, cuando están respaldados y sostenidos por una voluntad decidida y heroica, avanzaron y avanzaron hasta plantar las enseñas proletarias en el confinismo de la patria. Me-

Las Vascongadas de 1936.

Irún en llamas.

nos tiempo del que se emplea en narrarlo, tardaron los hombres de Vizcaya y de Guipúzcoa en libertar a sus tierras de

zó sus oleadas de Asalto; un

Pero el fascismo no podía dejar perder tan buena presa. verdadero alud de masas fana-



rebeldes y en terminar con todas las resistencias que a su paso se levantaron. Y contra esas conquistas lan-

tizadas, surgidas de los bosques, de las montañas, de las aldeas y de las ciudades de Navarra se lanzó sobre ellos. El

choque fué tremendo, sangriento. Y allí ya la “no intervención” dió la primera victoria a los rebeldes. A unos centenares de metros de donde los trabajadores revolucionarios de vasconia, gritaban una blasfemia porque habían agotado hasta el último cartucho, varios vagones repletos de ello estaban quietos, desesperadamente inalcanzables, porque estaban cubiertos con el pabellón emponzoñado de lo “no intervención”.

Con una gigantesca hoguera quedó entonces satisfecha la alianza pasiva del extranjero con los rebeldes españoles.

Irún llamas de la primera víctima propiciatoria que se inmoló en los altares, que ya comenzaban a cubrirse de lodo, de ignominia y de sangre, del absurdo y cobarde abstencionismo de las democracias occidentales.

¡Irún en llamas! ¡Irún aniquilado! Sus piedras calcinadas serán algún día testigo de máxima acusación contra la turbia política adoptada por Francia e Inglaterra ante los acontecimientos, tan dolorosos, que puede brindar la nueva guerra de independencia española.

*Tristeza y
negrura
en la
España
reaccionaria*



Ayuntamiento de Madrid

Nuestros muertos no pueden ser traicionados

En primera fila, marcándonos el camino a seguir, los muertos, nuestros muertos. Son quienes todo lo dieron sin esperar nada. Son los que murieron y siguen vivos en nuestro recuerdo. Son quienes nos exigen marchar sin vacilaciones, sin rodeos, sin coladuras, por la senda de libertad que trazaran hasta lograr el mañana luminoso y riante que ellos no pudieron contemplar.

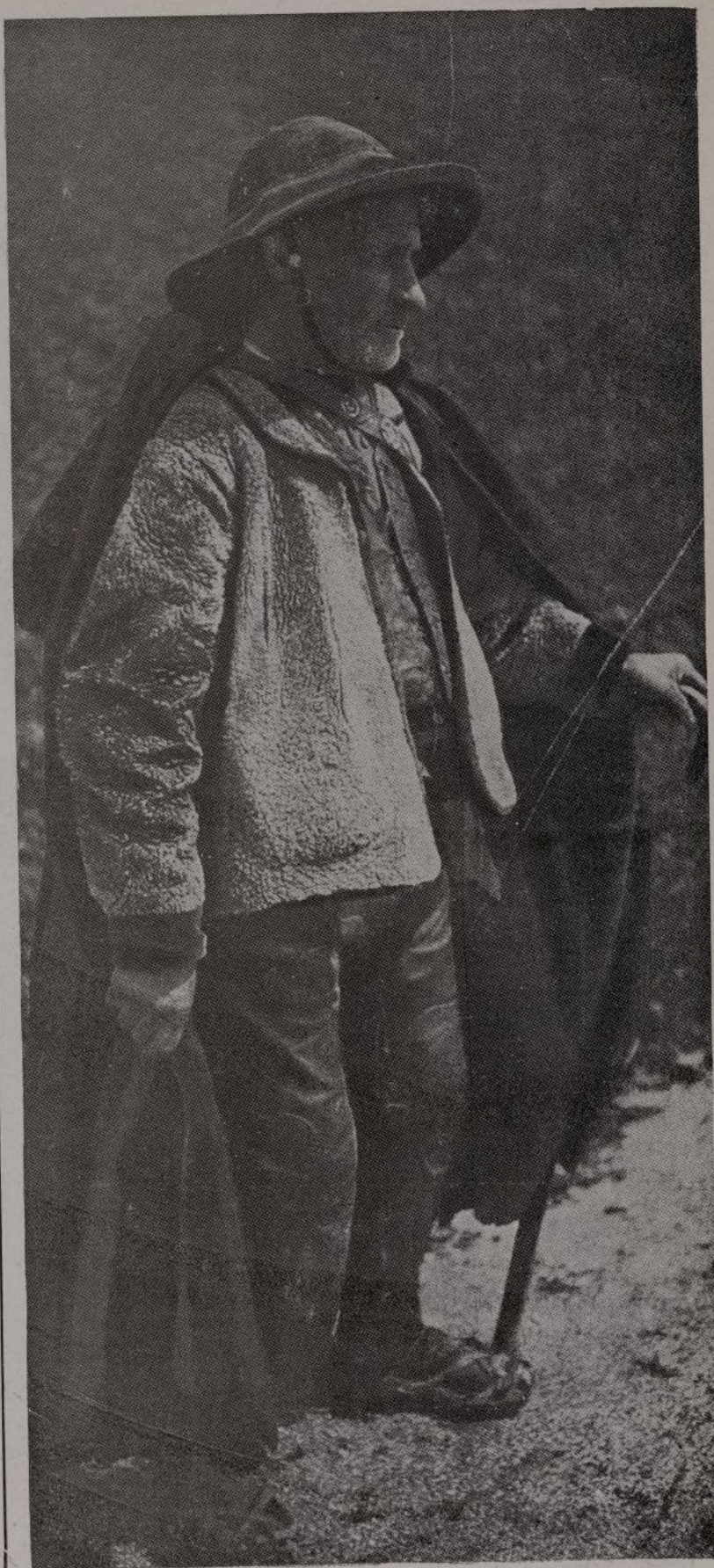
Han caído en todas partes. En el impulso heroico que aplastó los cuarteles de la traición y en las duras jornadas del noviembre madrileño; en las vegas soleadas de Andalucía, entre las pomaradas astures y los naranjos y los olivos levantinos. Murieron los unos lanzándose al asalto audaz de los reductos enemigos; dejándose aplastar por los tanques italianos, pegados a la tierra para no abandonar las trincheras, otros: escupiendo su desprecio al rostro de los invasores todos. Y todos, también, porque sintieron en lo más hondo un ansia inextinguible de libertad, un amor encendido por la independencia de su pueblo, un anhelo infinito de que las tinieblas de un mundo viejo fuesen rasgadas por un sol de justicia, de igualdad, de paz...

Eran esos hombres vanguardia del proletariado español, lo más heroico de nuestras juventudes, el orgullo de la revolución, el asombro del mundo. Eran luchadores de la talla de un Durruti, pensadores como Isaac Puente, oradores como Villaverde, organizadores como Teodoro Mora, optimistas y valerosos como Villanueva, como Parra, como Arenas, como Domínguez, como Isabelo, como Ballester, como Ascaso, como Senderos... Hombres en la plenitud de la vida, hombres en la flor de la juventud, que lo pospusieron todo a la defensa de un noble y alto ideal. Nada —compañera, padres, hijos,

los mil y un lazos que atan a la existencia— frenaron sus ímpetus generosos. Por encima de todo, incluso de ellos mismos, estaba la libertad de España en peligro, estaba la revolución amenazada. Y en su defensa ofrecieron el pecho a la metralla enemiga, convencidos de que su propia sangre era el mejor abono del nuevo mundo que España pare con el dolor de la muerte en el alma.

Pero su sacrificio no es ni puede ser estéril. Cuando enterramos sus cadáveres, echamos en una tierra fecunda una semiente de libertad. Nadie ni nada podrá tronchar la planta que crece ya robusta y fuerte. Al enemigo de fuera, al que llega de Nápoles o Hamburgo con el propósito irrealizable de esclavizar a quien nunca se dejó domar, naciéndole morder el polvo de la derrota con la energía de nuestros soldados heroicos. Al enemigo de dentro, al que pretende retroceder a épocas pasadas, olvidando que ningún río remonta su cauce, aplastándole sin contemplaciones como sapo que inyecta el ambiente. Nuestros muertos exigen venganza. Pero la venganza no consiste en matar al enemigo. Es más grande y más profunda. Exige aplastar a los invasores. Pero, también, que la revolución llegue, sin cortapisas artificiales, hasta el límite mismo que el pueblo quiera llevarla.

Y así será todos los obstáculos serán débiles para contener la voluntad decidida de España. Los que estamos en pie, los supervivientes, sabremos cumplir con nuestro deber. Los muertos no pueden ser traicionados. No lo serán. Llevaremos a cabo la obra con que ellos soñaron. España será libre de una vez para siempre. Y datemos vida a una revolución magnífica, que marque una nueva era en la vida de la Humanidad.



CASTILLA ES ASÍ...

Piel de oveja y corazón de león. En las arrugas calcinadas—surcos del infortunio—, se conservan intactas las virtudes que lograron horadar los siglos, y que hoy aparecen enhiestas, fulgurantes con resistencia de castillo roquero, sirviendo de dique gigante al fascismo invasor, que al ver triturados sus dientes en la reciedumbre de una muralla inabordable, tiembla impotente, aullando su malaventura, con presagios misteriosos de fiera acorralada y vencida.

Hoy

como

ayer.



**Las
mu-
je-
res
dan
valor**

Cómo luchó Cataluña

Desde Atarazanas hasta Siétamo y el Gállego

España entera estaba ya en pie de guerra.

Aunque la Prensa estuviera amordazada por la censura, aunque la Radio no anunciase nada extraordinario, había corrido como un reguero de pólvora la noticia de la sublevación de los militares en el Marruecos español, preludio cierto de la sublevación en la Península; clarinazo que había de ser el fatal ¡Fuego! de la épica lucha que se está librando en nuestros campos y en nuestras ciudades entre los trabajadores anhelantes de libertad, y los dominadores seculares ansiosos de perpetuar sus desmedidos privilegios. El ambiente estaba todavía en calma, pero se advertían ya claramente en él síntomas evidentes de la gran tormenta próxima a desencadenarse. Y el proletariado, velaba, impaciente, las armas. Las armas que en el mejor de los casos eran unas pistolas amorosamente cuidadas.

Todos los trabajadores españoles aguardaban el choque; y con ellos los hermanos de Cataluña. Aquel no había de tardar en producirse.

Efectivamente; no habían pasado muchas horas y ya el fragor de la lucha atronaba Barcelona y los estampidos de las armas de fuego se mezclaban con los ayes de los heridos.

La lucha fué breve; pero enconada, palpitante de heroísmos y de abnegaciones, encendida en fe de triunfos ciertos.

Toda Barcelona sintió la sacudida gigantesca de un pueblo que con ímpetu de titán rompe sus cadenas y destroza las defensas del enemigo. Las Ramblas se regaron con sangre proletaria, pero Barcelona, uno de los mejores y más apreciados baluartes de la rebeldía, estaba en manos del pueblo. Fueron los días heroicos y gloriosos de la Barcelona roji-negra,

de la Barcelona proletaria, meta unas veces y punto de arranque otras de los grandes movimientos de opinión revolucionaria de nuestro pueblo.

Y desde allí... ¡Adelante! No se sabía bien hacia donde se marchaba. Pero de todas maneras se marchaba hacia la libertad y hacia la victoria del proletariado en armas. Nacieron las "tribus" de con ímpetu

insuperable se metían —amor y pánico—, España adentro.

Los "bandidos con carnet" demostraron que tenían temple suficiente y reciedumbre de alma bastante para ser personajes de nuestros cantares de gesta.

Enseguida se terminó la tierra de Cataluña. Y entonces de los luchadores catalanes, se abrieron ante los ojos las tierras de Aragón; las riberas fértiles del Ebro, las tierras altas de Teruel, los desiertos con sed de agua y de libertad de los Monegros... Todas las resistencias se aplastaron, todos los diques se desbordaron, todos los heroísmos fueron superados. Y así, casi a pecho limpio, se llegó a la vista de las tres capitales aragonesas: Huesca, Zaragoza y Teruel. El alma de España entera palpitaba al unísono de la gesta insuperable de nuestros hermanos de clase, de lucha y de ideas. la calma se ensanchaba, el trabajo abría surcos nuevos, la semilla fructificaba hasta en los eriales. Era que la lanzaba la mano firme y serena de ese vivificador que se llama pueblo.

Después... De aquello, de todo aquello, nos ha quedado cuando menos un nombre que merece los honores de la leyenda: Buenaventura Durruti.

Aquel de quien el mejor homenaje se encierra en un romance del poeta del pueblo:

Vino a defender Madrid
Y Madrid se lo tragó...



Gestos fuertes, rencor
profundo, miradas
de intenso desprecio...
Es el enemigo, que amenaza
allá, junto a la heredad,
sirviendo de testafarro
al extranjero invasor...

Galicia

la

mártir

Más quizá que ninguna otra región de la España sometida al fascismo ha sufrido Galicia. En aquellas tierras húmedas la saña del fascismo ha encontrado carne indefensa en la que clavar sañudamente sus garras. Los núcleos proletarios que se lanzaron a la lucha abierta contra los rebeldes fueron rápidamente sofocados por el ejército y por los falangistas en las ciudades gallegas; ya sabemos cual es el inevitable cortejo de una victoria fascista más aún de lo que era una victoria fascista en los primeros días de la guerra. Mejor que ninguna pluma, se encuentra el relato de la agonía de Galicia en los magníficos dibujos que Castelao, un hombre que sentía apasionadamente Galicia, y que ha trasladado a sus dibujos toda la intensidad trágica de las jornadas de Julio en aquella región hermana, cuando la impunidad marchaba sellando con sus huellas un reguero de sangre y de muerte.

Muchos fueron los proletarios que creyeron en las primeras jornadas; y el fascismo dominó Galicia, empleando para someter a sus hijos todo el furor, toda la crueldad de que son capaces quienes ambicionándolo todo, nada quieren sacrificar. Otros proletarios, más felices que los caídos, incomparablemente más dichosos que los que se vieron forzados a aceptar el yugo de la dominación ante la amenaza de los fusiles y de las pistolas con hambre de matar, pudieron escapar al campo, a los montes de Galicia, y desde allí, entre sus chaparros, por junto a sus robledales, hacer la guerra a quienes habían creído que Galicia había caído en

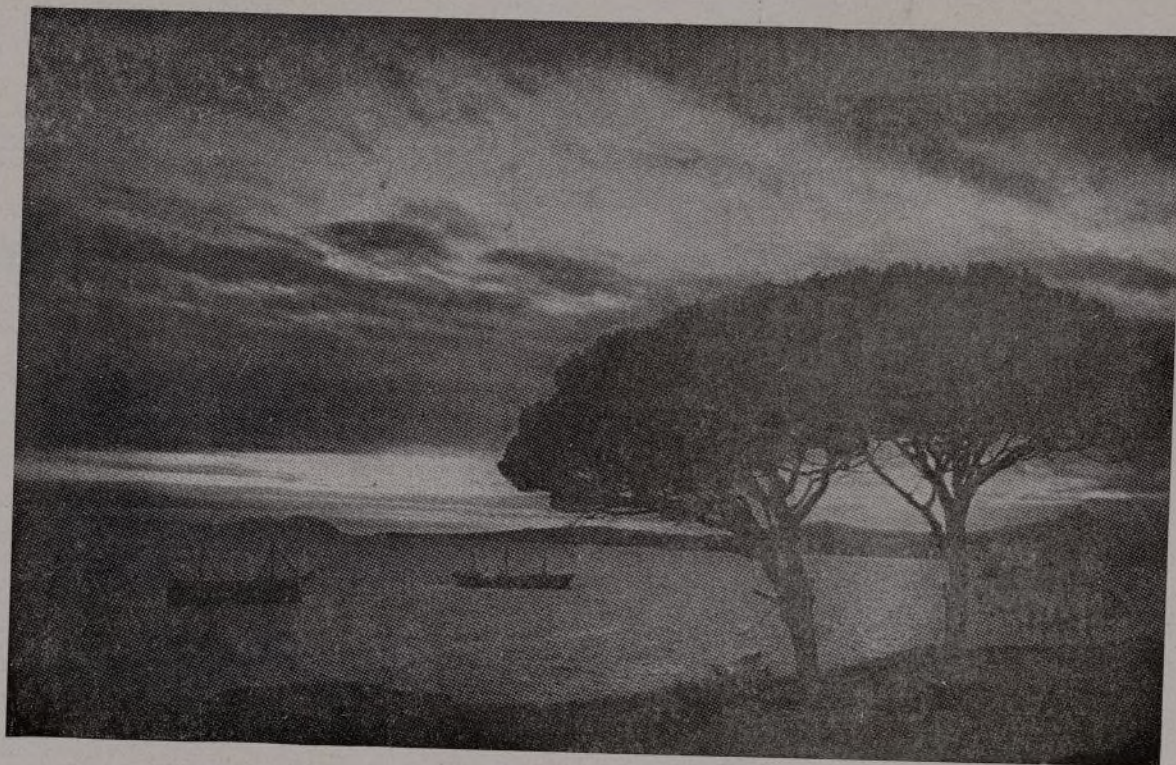
sus manos. Los fascistas tenían las ciudades, tenían los pueblos grandes, tenían incluso en su poder pequeñas aldeas. Pero el campo, las carreteras, los caminos, las alquerías, los valles y las cumbres, no eran suyos. Seguían siendo del pueblo gallego, que en un alarde de arrojo y heroísmo, sin más armas que las escasas y mal surtidas que pudieron encontrar en una búsqueda febril y abnegada, interceptaban comunicaciones, cerraban pasos, aprisionaban a grupos y patrullas, y sembraban el terror entre los rebeldes y el desorden más caótico en su retaguardia.

Muchos son los camaradas de clase y de lucha que han sostenido semanas y aún meses esa lucha salvaje; muchos serán también los nombres de esos camaradas que se desconocen y sobre los que el incognito tenderá el manto de su olvido. Pero como un clarín de combate y de lucha queda el nombre de Manuel Fresco, el hacendado gallego que espantado de tanto horror, reunió cuantos medios materiales pudo, y con un grupo de trabajadores, uno más entre ellos, olvidándose de sus bienes y de sus comodidades, se lanzó al campo a combatir a los que estaban asolando Galicia y lle-

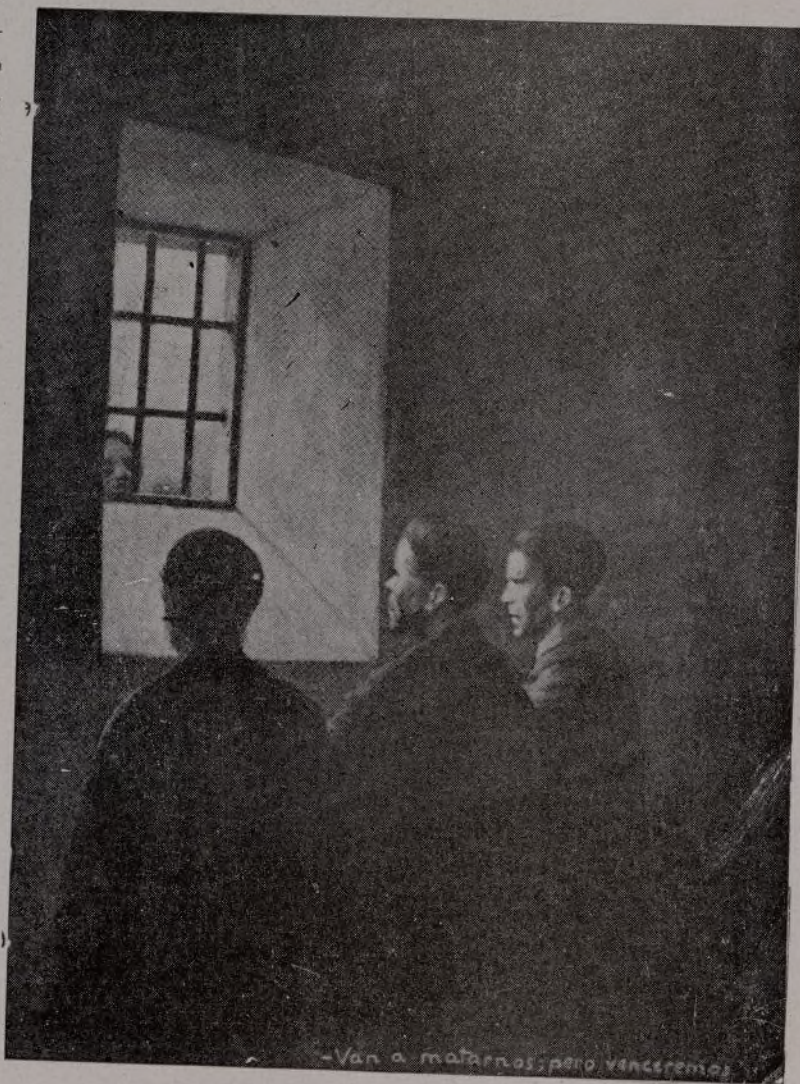
vando la muerte y el dolor a sus hogares proletarios.

A todos esos heroicos camaradas, a todos los mártires que en aquellas jornadas sangrantes fueron inmolados a los bár-

baros dioses de la dominación y del oprobio, nuestro más ferviente homenaje. Y con nuestro homenaje la seguridad de que los trabajadores españoles sabrán vengarlos.



Costas gallegas, hasta donde el fascismo emponzoñó el ambiente con su aliento criminal...



Van a matarnos, pero venceremos. por Castelau.

U G T - C N T

Las organizaciones obreras salvarán el destino histórico del pueblo español

por Aselo Plaza

Para estudiar concisamente la aportación de las Organizaciones obreras a la guerra y a la economía que era preciso levantar para mantener nuestra defensa, alcanzar la potencialidad bélica indispensable y obtener la victoria sobre los Ejércitos fascistas, hay que separar dos hechos: el guerrero y el económico o de la producción. Serán uno mismo mientras dure la guerra, y difícilmente separables, ya que no sería posible la guerra sin producción, que es avituallamiento de los combatientes antifascistas y despena de ellos y de las retaguardias, pero conviene verlos aisladamente para precisar la aportación de las Sindicales y dejar clavado en el corazón y en la mente de todos los españoles que la independencia de España, la existencia de España, serán porque vivían pujantes, capacitadas y con sentido de su destino histórico esas dos grandes columnas de la victoria que se llaman U. G. T. y C. N. T.

No hay hipérbole. No hay pasión o parcialidad. Remitirá la fiebre, tendremos perspectiva, haremos Historia, y los narradores, en un examen frío,

llegarán a nuestra conclusión. Las clases sublevadas —ludibrio y vergüenza de la vieja España— y sus empresarios voraces, verán rotos sueños imperialistas y tiránicos. Calcularon mal. Había pueblo y unas Organizaciones que lo formaron. Había pueblo, y el pueblo tenía pensamiento, motor de sus heroísmos de ayer, de hoy, de mañana. Porque lo había, porque pensaba, pudo levantarse sin reparar en que ni siquiera armas contaba para defenderse de la traición y el crimen. Sin fuerzas, sin armas y sin medios el Estado, fué el pueblo, fueron los trabajadores organizados los que dominaron los focos principales de la sublevación e hicieron posible, con aquellas victorias, una organización defensiva y una limitación de los campos de lucha.

Y fueron los trabajadores que abandonaron el tajo y la herramienta para convertirse en milicianos los que, sin disciplina ni método, pero con arrojo insuperable, frenaron la rebelión y reconquistaron pueblos, constituyendo la levadura del eficiente Ejército Popular de hoy. Algún día tendremos estadísticas. Ese día los Sindicatos de la C. N. T. y de la U. G. T. helarán la sangre de los supervivientes dando sus cifras de muertos y de mutilados. Y comprenderán todos que hubo milicias porque existían Sindicatos, que hay Ejército, porque están y vibran las Organizaciones obreras, y que estamos a punto de lograr una fuerza arrolladora, invencible, porque no ha fallado ni fallará la capacidad y la articulación disciplinada de la U. G. T. y de la C. N. T. Un Ejército del pueblo y para el pueblo, de su cantera y para defender sus conquistas, que el albañil convertido en comandante, y el metalúrgico que

se ganó las barras de capitán, y el campesino que es jefe de operaciones o tripula un avión, tienen callos y huellas en sus manos, llevan cicatrices y heridas en sus cuerpos que los vinculan de por vida a las aspiraciones de sus hermanos de clase y a la liberación de todos los oprimidos de la Tierra.

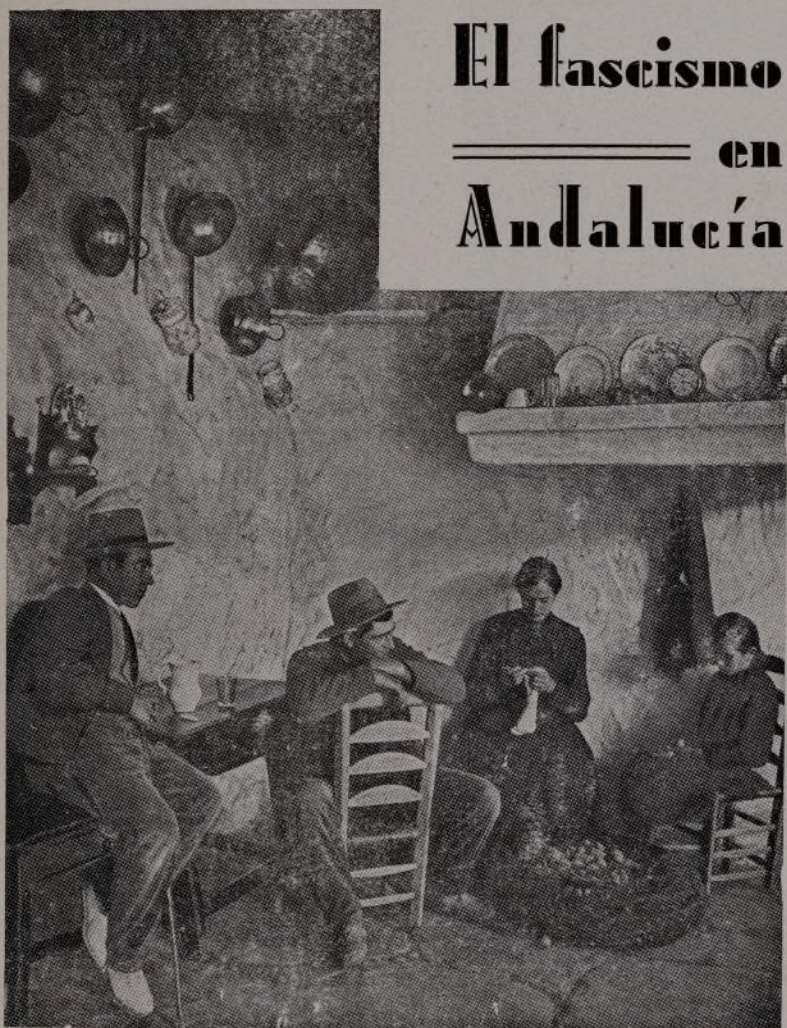
Es mucho ese esfuerzo; asombra la contribución de los Sindicatos. Pero, ¿no han hecho más? ¡Pobres historiadores, incapaces de recoger tanta historia y grandeza tanta! Tendrán que situarse en el 18 de julio de 1936. Un régimen burgués, una economía capitalista, una plutocracia divorciada del interés colectivo y unos atisbos, unos ensayos, unas gotas de libertad y de justicia. El Ejército, en manos de la aristocracia o de castas privilegiadas; la economía, dominada por la Compañía de Jesús; latifundios, magníficos cotos y una legión de campesinos mirando al cielo y jurando venganza. Pero había un pueblo que avanzaba todos los días, que cercaba a los explotadores, que exigía más pan y más cultura. Y antes de conceder optaron por ventilar a cañonazos la contienda y se sublevaron. Se sublevaron con el designio de hundir en la esclavitud de la Edad Media a un pueblo sano del eficiente Ejército popular y fuerte. Y tan seguros estaban de vencer, que abandonaron todo lo que era base de su privilegio y origen de su sistema de explotación. Abandonaron industrias, minas, tierras, casas, valores, metales. Hubieron con lo puesto y unas previsiones en Bancos extranjeros.

Y porque había pueblo y éste tenía pensamiento; porque existían Sindicatos y en ellos sobraba conciencia y responsabilidad, fué posible que la eco-

nomía abandonada, que la producción sin técnicos ni capataces, que la estructura que servía al Estado para mantenerse en pie y que yacía a los pies de unos grupos y hombres débiles para gobernar y que ni siquiera vieron prever la rebelión de todo su aparato armado, se recombrasen por los Sindicatos y gracias al dinamismo que pusieron en recoger, regir y poner en marcha cuanto abandonaron los facciosos. Y hubo descuidos e irresponsabilidades, ignorancia e incapacidad; pero todo ello fué superado y vencido con sacrificios y esfuerzos agotadores, en medio de la vorágine que era la guerra y llevando en una mano el fusil y en otra la herramienta de trabajo. Y la producción no se hundió, hundiéndose al pueblo y arrastrando su existencia digna. Y la economía se restableció y fué posible fabricar armas, recoger cosechas y sembrar más tierras.

Fué posible el milagro, dirían los que no pueden desprenderse de prejuicios y taras. Y, sin embargo, si anonada y confunde contemplar los resultados copiosos, exuberantes, que ha logrado el pueblo, es porque no quiere repararse en esos dos pilares incommovibles, en los que se estrellan críticas mendaces: uno es la U. G. T., otro es la C. N. T., ambos tan sólidos, tan musculosos, que han podido llevar sobre sus hombros atléticos la mayor hecatombe que recuerda la Historia y han sabido crear, sin auxilios mayores, sin apoyos eficaces, los elementos indispensables para la victoria: un Ejército Popular dotado y eficiente, cubierto de gloria, y una economía de guerra que será experiencia y base de otra economía que hará feliz al pueblo, dichoso al espíritu e incomparablemente creador al pensamiento ibérico.





El fascismo en Andalucía

Todas las regiones invadidas por el fascismo tienen su martirio, aunque el martirio se nos aparezca distinto en cada una, conforme a su carácter y a su fisonomía. A veces, un gran artista, capta sus líneas esenciales, como en el caso de Castelao con su Galicia, y nos da esa obra maestra—impresionante y terrible—que son sus dibujos.

También el martirio de Andalucía ha tenido sus intérpretes, aunque no llegue ninguno a la síntesis genial de Castelao, quizás porque esta síntesis sea más difícil, va que la tragedia de Andalucía tiene aspectos muy diversos, desde el realismo brutal y sangrante, hasta la más fina espiritualidad, que se cansa a las concreciones.

Pensamos en Sevilla. Y, por encima de los pormenores de la sublevación, y de los horrores de la dominación militar-fascista, se nos aparece la ciudad, con independencia de las gentes que la habitan, como un ser vivo, que sufriera por todas sus piedras el ultraje de invasores y facciosos. Pensamos en el martirio de su aire...

Sevilla era... la Gracia. Pues bien: en ella se presentó el 18 de Julio de 1936, cuanto hay en

el mundo de más antagónico a esa floración suprema del espíritu: la bestialidad.

Se ha escrito tanto de Sevilla, y tan minuciosamente se ha hablado de su encanto, de su "embujo", que ya basta con pronunciar su claro nombre para que la ciudad surja en la imaginación de quien lo escucha, como un rostro sonriente y familiar. No vamos, pues, a intentar nosotros un nuevo retrato; queremos—simplemente—, aludir al contraste—trágico y grotesco—, que significa el que un Queipo de Llano haya ido a aposentarse en la ciudad de la Gracia. Esta ha sido ultrajada por las "gracias" del espadón ridículo, una noche y otra, durante largos meses. Y, para que el sarcasmo fuera mayor, no faltó el turiferario de la facción que dijese de él, con frase que quería ser lírica:—"Esa otra Giralda que hay en Sevilla"... ¡Pobre Giralda! ¡Pobre Sevilla!...

Por si esto era poco, ahí están ahora también los militares teutones, con su bestialidad científica, con su rigidez y su pesadez, con su paso de oca; con todo, en fin, lo que constituye la "civilización" germánica, y que es la antítesis de

Sevilla, toda espiritualidad, garbo, sonrisa, agudeza... eso que constituye la Gracia.

Estas son las leves armas que la ciudad tiene para luchar contra los pesados discursos de los facciosos y las máquinas de guerra—pesadas y terribles—de los invasores. Quizá por eso se nos aparece como un símbolo de esta lucha, mejor dicho, de este atropello, de este crimen de la barbarie, contra los más altos valores espirituales de la humanidad.

Precisamente en los albores de nuestro siglo de oro, cuando el genio de nuestra raza empezaba a ganar las altas cimas desde las cuales había de proyectarse en el mundo y en la Historia, nuestro gran Don Miguel de Cervantes, entonces muy joven, casi un muchacho, se encontró en Sevilla con Lope de Rueda, el precursor. Díjese que el destino infalible que rige la vida de los grandes hombres, preparó aquel encuentro, llevando a la familia de Miguel a orillas del Guadalquivir.

Las farsas y pasillos del sevillano Lope de Rueda, enseñaron a reír al buen pueblo español en las calles de la ciudad, en aquel tiempo en que Sevilla era la flor de la Península, que aromaba dos mundos. El otro Lope, que no tardaría en nacer para gloria de la escena española, el Fénix, ha de decir a sus personajes, en "El Arenal de Sevilla":

URBANO.

Notable es la confusión.

D.^a LAURA.

Lo que es más razón que [alabes, es ver salir de estas naves tanta diversa nación; las cosas que desembarcan,

La gracia ultrajada

"Arenal
de
Sevilla,
Torre del Oro"

el salir y entrar en ellas,
y el volver después a vellas
con otras muchas que embar-
[can.

Por cuchillos, el francés,
mercerías y ruan,
lleva aceite; el alemán
trae lienzo, fustan, llantés,
carga vino de Alanís.

Hierro trae el vizcaíno,
el cuartón, el tiro, el pino;
el indiano el ambar gris,
la perla, el oro, la plata,
polo de Campeche, cueros...
Toda esta arena es dineros.

URBANO.

Un mundo en cifra retrata.

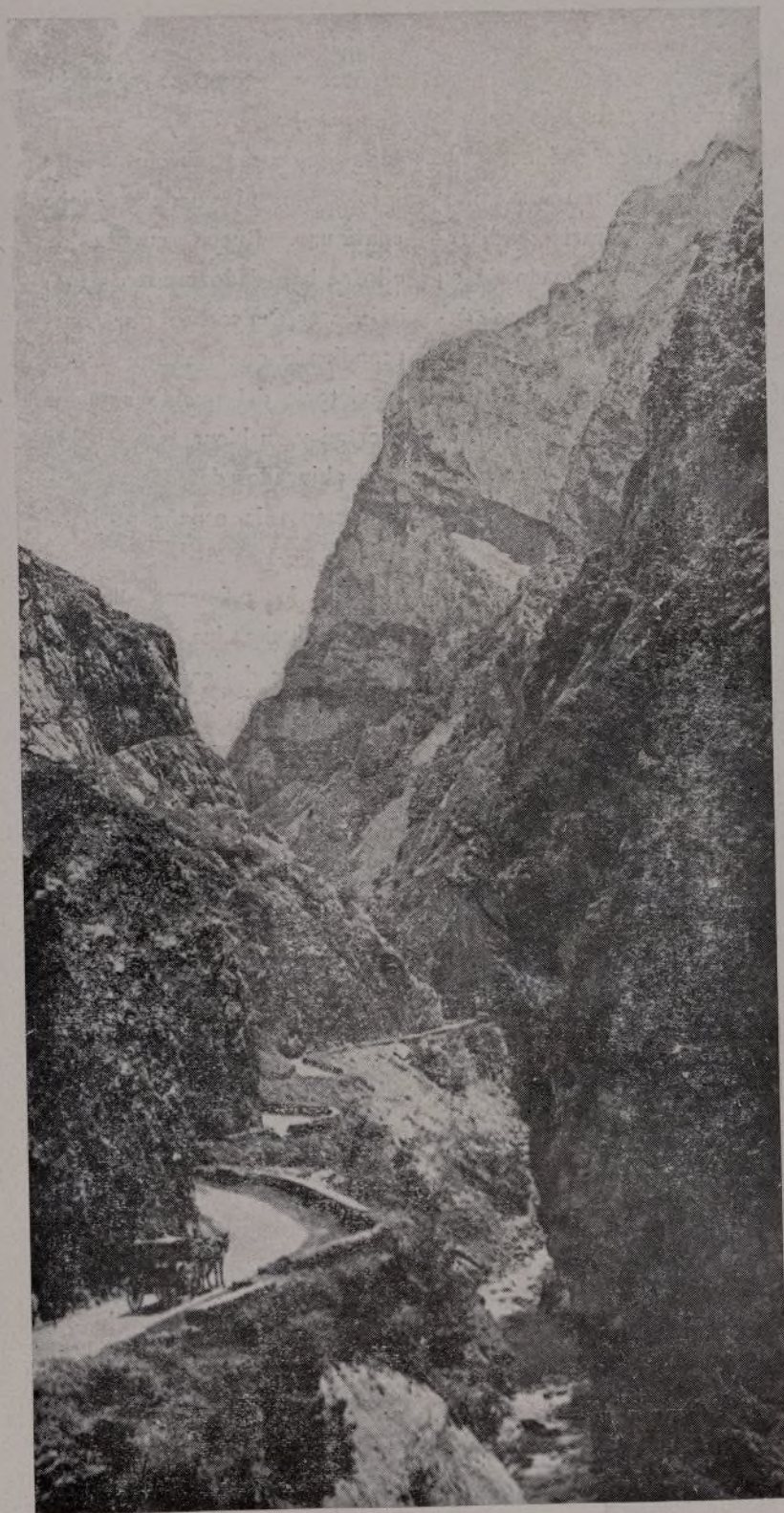
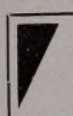
Esa fué la Sevilla que conoció Cervantes, la Sevilla de Lope de Rueda, del que aprendió el valor de la risa, que debió sonar en sus oídos juveniles como la espontánea revelación del alma del pueblo; mucho más teniendo en cuenta que venía de la Corte, donde todo era gravedad, tiesura y engolamiento. Nunca olvidaría ya esa risa, que corre como arroyo cristalino por las páginas inmortales del Quijote. Ese concepto de la vida, risueño y generoso, que resplandece en su libro sin par, lo aprendió él—sin duda— en Sevilla. La Gracia de la ciudad se comunicó a su espíritu, para convertirse en el signo distintivo del genio de la raza.

Contra la voluntad histórica que un día juntó en Sevilla a Miguel de Cervantes y Lope de Rueda, se alzaron el 18 de Julio del 36, los generales al servicio del extranjero. Si triunfaran, el genio de la raza se eclipsaría. Pero no. La Fuerza, con toda su brutalidad, nada puede al cabo contra la Gracia, que sin más arma que su sonrisa, es la eternamente triunfadora...

V. de P.

Sangre en las cumbres.

Canciones de hierro y metralla en los Pirineos.



Los altos picos del Pirineo, empenchados en nieve y en niebla, mudos testigos de luchas pasadas, son también ahora testigos de la gigantesca y heroica contienda que el pueblo

español está librando contra los enemigos de su independencia y de su libertad. Los desfilaros angostos que supieron de cien combates, los que admiraron la furia de los almogá-

vares, los que escucharon las trompas de guerra de Bernaldo y cantaron los himnos mudos de las piedras al contemplar el desastre de los invasores; los que conocieron el paso triunfal y sereno de un Pérez de Aldana, que en buena lid conquistara un apellido y los que cubrieron sus crestas de nubes para no sufrir la vergüenza de contemplar el paso de los hombres mandados por el Duque de Anguleme; todos esos picachos hirsutos, todas esas ásperas crestas, han vivido y viven de cerca el heroísmo sin igual de los trabajadores españoles.

Por los valles de los Pirineos se ha derramado un torrente de heroísmos, de abnegaciones, de sacrificios, de anhelos de victoria y de fe en el triunfo que ha superado nuestras más destacadas gestas de la historia. Pluma cortada en estilo de viejo romance merecen las acciones de nuestros soldados en las altas tierras del Pi-

rineo. Desde Sabiñánigo hasta Viella, desde las cercanías de Jaca y Huesca hasta el Valle de Arán, cada mente sabe de gestas gloriosas, y cada piedra ha sentido en sus aristas agudas el soplo del heroísmo.

Entre un turbión de fuego y metralla, ante una avalancha incontenible de hombres y de material bélico, jamás se ha cedido un palmo de tierra sin que esa misma tierra no se hubiera empapado en generosa sangre proletaria. La resistencia abnegada de nuestros hombres ha destrozado las mejores esperanzas de los rebeldes. Y aún ahora, desde las cumbres bravías doradas por el ocaso, los dioses de la guerra se miran ante el heroísmo supremo a que pueda llegar un pueblo, que defiende sus más queridos ideales de independencia y el futuro libre y digno que soñara en sus noches de esclavitud y de miseria.

Prensa libertaria de Madrid

La pujanza y la tónica de guerra que distiguen a la Confederación Regional del Centro, quizá se deba, en parte, a estos tres periódicos madrileños, excelentes ejemplos de lo que debe ser la Prensa al servicio del proletariado. Los tres defienden la misma ideología, se caracterizan por el mismo ademán gallardo, se ennoblecen por idéntica rectitud de juicio. se hacen respetar por su inclaudicable decisión revolucionaria y se hacen querer por ese sentimiento de los dolores populares que se hace conciencia rectora de todas sus campañas.

El movimiento libertario está orgulloso de estos tres heraldos de su ideología, defensores de sus tácticas, guardianes de sus fuerzas y profetas de sus triunfos. Son tres periódicos en los que jamás se ha opuesto lo cortés a lo valiente, en los que se le han cantado las verdades al mismo lucero del alba y en cuyas columnas jamás han tenido cabida el sectarismo dogmático ni el rastreo partidismo.

Desde estos tres periódicos, jamás se ha envenenado a la opinión pública, nunca se pretendió engañar a nadie ni enlodar el prestigio de los hombres dignos. Han identificado la defensa del Movimiento li-

bertario español con la causa de todo el proletariado, en primer lugar; de todo lo antifascista y de todo lo sanamente español, después. Y "C N T" desde su reaparición en las jornadas de Julio, "Frente Libertario" desde su nacimiento en las de Noviembre y "Castilla Libre" desde su fundación en los primeros meses de 1937, arremetiendo implacablemente contra todos los saboteadores de la acción del pueblo en pie de guerra, justificando los avances sociales de nuestros trabajadores, siguiendo con emoción todas las vicisitudes del Ejército Popular, exaltando una moral de sacrificio sin la cual sería imposible mantener la lucha, recogiendo todas las vibraciones de la epopeya en que arde España como una hoguera, han sido constantemente, en pro del anarco-sindicalismo, del proletariado internacional y de la auténtica España,

La clave de nuestra segura victoria, está en la moral que observe nuestra retaguardia. Y ésta es hoy por hoy admiración del mundo entero.

REBELDÍA CAMPESINA

Las manos encallecidas por el trabajo de nuestros campesinos empuñan firme y energicamente las armas, que han de garantizarles su libertad y su independencia.

Entre todos los proletarios que durante siglos y siglos han soportado la tiranía de las peores dominaciones, destacan los sufrimientos y la miseria de los campesinos; jornales de hambre, jornadas de sol a sol, una existencia mísera doblados sobre la tierra que fecundada con su esfuerzo producía frutos ubérrimos que nunca iban a parar a las mesas de quienes

los habían hecho germinar con su esfuerzo y les habían prestado su trabajo y su sudor para que madurasen; este era el panorama que se ofrecía, eternamente igual, ante los ojos de los trabajadores del campo. Igual para las tierras altas y secas de la meseta que para los valles feraces, idéntica explotación, igual miseria.

El campesino comenzaba a

trabajar antes que ningún otro proletario; y tan solo cuando sus energías de productor se habían agotado, tan solo cuando el esfuerzo diariamente renovado había arrancado de su cuerpo todas las energías, dejaban de trabajar; pero no dejaban de trabajar para disfrutar de un bien ganado descanso, sino para apartarse a un rincón y allí miseramente, pobre-

mente, ver como se acercaba el final de sus días. Y ese estado de cosas absolutamente intolerable, ni puede ni debe continuar. Buena cuenta de ello se han dado nuestros trabajadores del campo, que comprendiendo que únicamente en la victoria del pueblo está su libertad y su bienestar, son los más ahincados defensores con que cuenta la España antifascista.

Desde los primeros días de nuestra lucha los camaradas trabajadores del campo formaron en las filas de los proletarios: en sus mismos campos primero atacaron a fondo a los enemigos del pueblo, consiguiendo clamorosas victorias a pesar de que no contaban casi con otras armas que los mismos instrumentos de trabajo, ni con otra posibilidad de victoria que la que emanaba de su entusiasmo generoso. Ellos fueron la más fiel y exacta avanzadilla de los proletarios españoles que en muchos sitios, cuando llegaron ya encontraron allanadas todas las dificultades y vencidas todas las resistencias, gracias a la acción enérgica de sus hermanos del campo. Posteriormente, cuando pasaron los primeros días de fiebre y de gloria, los trabajadores del campo comprendieron bien que la guerra tomaba cauces trascendentales, que precisaban un método y una dis-



ciplina de combate y de trabajo que no existió en aquellas jornadas gloriosas de Julio; y entonces, firmemente decididos a realizar todo género de sacrificios para lograr la victoria, aceptaron integralmente todas las medidas que dictadas por los hombres que gozaban y gozan de la confianza de nuestros trabajadores, estaban directamente encaminadas a lograr la victoria.

Las filas del Ejército popular se nutren en gran medida de los mismos campesinos que en Julio de 1936, con hoces y con guadanas, vencieron la resistencia de los sublevados. Y estos camaradas abnegados, que saben de la vida dura y agria de la esclavitud, que han sufrido privaciones y vejaciones sin cuento, que durante años y años han trabajado para que unos cuantos vagos viviesen bien a expensas de su trabajo y naciendo burla trágica de su miseria, son los mejores defensores de la causa antifascista.

En todas las avanzadillas del antifascismo se encuentran soldados que han sido y serán cuando la guerra termine, campesinos; campesinos que han cambiado momentáneamente el azadón por el fusil, la esteva por la ametralladora, precisamente para asegurarse el disfrute pacífico de los productos que alcancen con su esfuerzo. su lucha y su sacrificio está llena de ideales y de renunciaciones; limpios de ambiciones que no tuviesen un estricto fondo de justicia se lanzaron a la lucha, y limpios de esas ambiciones perduran en ellas dispuestos a todos los sacrificios y a todas las abnegaciones para asegurar definitivamente en manos del pueblo en manos de los oprimidos, la



victoria definitiva, que es paz y que es libertad.

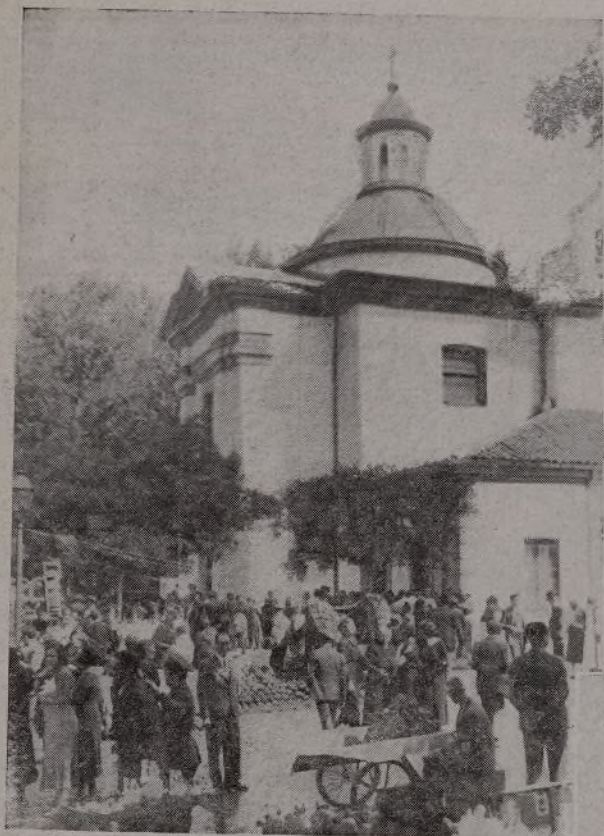
A nada que no sea trabajo honrado y redimido aspiran nuestros campesinos; por esto es necesario que nadie, absolutamente nadie, en ningún momento, se muestre inclinado a escamotearles las consecuencias de la victoria; de esta victoria que cada vez se declina con más fuerte trazo en el horizonte de los trabajadores españoles. Ellos han marchado a la lucha seguros de que la victoria se conseguiría porque

ningún trabajador regatcaría esfuerzo ni sacrificio; y seguros también de que la victoria sería vida digna y pan redimido para todos los proletarios españoles. Ellos no pueden ser, ni serán, defraudados en sus esperanzas.

Entre tanto en todos los frentes de batalla, brilla, sectores de combate, en todos alto y sereno, el estoicismo ejemplar de nuestros campesinos; ni dolores de ninguna clase son capaces de doblegar su fibra, ni sacrificios de ningún

género bastan para hacerles vacilar; no en balde tienen ellos, más que nadie, la experiencia de los pasados dolores, de los pasados sacrificios, siempre inútiles, siempre estériles; no en balde han sentido los campesinos más que nadie gravitar sobre sus espaldas, enervadas por el trabajo, el peso de las peores tiranías. Ellos lo arriesgan todos en nuestra lucha; ellos deben conseguir la satisfacción de todos sus anhelos en el mañana radiante de la victoria.

El Madrid de antes



La capital de España tenía una leyenda prestigiosa, cantada en todos los tonos por una literatura abundante. Se decía que era la ciudad más alegre del mundo. Por eso también era la más frívola. Las mayores tristezas, las más comprometidas situaciones, siempre con un golpe de ingenio. Un chiste y un ardid mataban a un político, creaban la popularidad de un hombre, o definían una época. Para el madrileño, nativo o importado, no había orgullo como el de ser agudo, ocurrente y ladino.

La Monarquía explotó a su placer esa leyenda y vivió de ella a sus anchas. Tuvo la convicción de que Madrid no le crearía ningún contratiempo con tal que halagase su vanidad semipatológica. Al lugarón des-

tartalado de la Mancha, lo fué convirtiendo en suntuosa y espléndida ciudad moderna. Buenas calles, hermosos jardines, bellas perspectivas urbanas y abundancia de especuladores ceremonias y de típicos festejos. El madrileño podía envanecerse de su ciudad, aunque se muriera de hambre.

Y se envaneció. Los palacios, las modernas edificaciones, los cafés, los teatros, la afluencia de gentes de todos los rincones de España que aquí venía en

busca de medro, porque en Madrid se concentraban la riqueza, el lujo, la política, el arte y el vicio, todo le henchía de satisfacción, aunque viera tremendos cuadros de dolor, aunque advirtiese que a Madrid le rodeaba un cinturón de miseria y que multitud de infelices criaturas se revolvían entre harapos y escorias en chozas y covachas dignas de las Hurdes.

Madrid era un bullicio constante. De día y de noche, sus calles se veían pobladas, como si nadie trabajara ni durmiera, como si todos tuviesen resuelto el arduo problema de la vida. Los coches y los tranvías iban y venían en tumultuoso tráfico ininterrumpido. ¡Qué amable, qué fácil, qué riante era la vida en Madrid! ¡Y cuánta hambre, cuántas inquietudes, cuántas desesperaciones encerraba! Pero literatos, comediógrafos y novelistas se encargaban de exaltar todo eso como una gala. El pícaro, el truán, el hampón, el taurín, personajes de abolengo en la literatura castellana, estaban seguros de encontrar panegiristas apasionados. La trapisonda, la gallofa y la prostitución tenían en la capital y corte su escaparate y su alhóndiga. Se presumía con la mugre y la desvergüenza, tanto como con el lujo y el honor. Y la prostitución alcan-



El Madrid de hoy

zaba lo mismo a los cuerpos que a las almas. Porque todo se corrompía en este medio mefítico, en esta feria de vanidades en que se disputaba la notoriedad, se perseguía el favor y se ambicionaba la ociosidad, entre bullangueros alardes de rajín y de opulencia.

En Madrid radicaba la administración de España. ¡Y cómo se administraba! Aquí estaba la sede de la política y de la burocracia. Ministerios y Parlamento daban la impresión, con su movimiento constante, de que los negocios públicos absorbían las preocupaciones de todos y de que una actividad inteligente se desarrollaba en beneficio del país. Pero era una ficción más. Corridas de toros, verbenas, teatros, casas de juego, cafés, casinos, lupanares esplendían y prosperaban.

Ese Madrid alegre, alegre, despreocupado y frívolo, que llevaba en sus entrañas el cáncer de la corrupción, tenía que desaparecer. La burguesía política y burocrática que se apoyó en él, quitándose a la aristocracia de sangre para entregarlo al capitalismo explotador, muchas veces extranjero, fué despertando la conciencia de los oprimidos, de los menesterosos. Y a medida que estos se mostraban más reacios a la explotación vil de que eran objeto, no se contentaban con las migajas de los festines ni se conformaban con el orgullo de su ingenio, sino que sentían la indignidad de su condición de comparsas, la vida madrileña fué adquiriendo tonos más serios, caracteres más graves. A veces, entre el atuendo de los saraos y las fiestas, sonaban los secos disparos que anunciaban la tragedia. El descontento social nublaba el espíritu ligero y chispeante de la villa y engendraba las tormentas que llenaban las calles espléndidas y los paseos magníficos de humo de pólvora y los adornaba con los clavelones rojos de la sangre. Madrid se tocaba con la mantilla y las flores de la raza para asistir a su renovación y a su redención. Fué capital de España por un capricho de Felipe II, el tétrico Austria que murió purulento y comido por los piojos. Lo había de ser porque ganara el honor con el ejemplo de su heroica abnegación para lograr una vida sin podredumbres ni injusticias,

El advenimiento de la República fue la eclosión primaveral del alma del nuevo Madrid. Aquel delirio de alegría, de entusiasmo, con que el pueblo, sin ánimo de vindicta, se echó a la calle para recibir el nuevo régimen, como lo había concebido, como el anuncio de la libertad y de la redención que anhelaba, fué interpretado torcidamente... Unos creyeron que iban a proseguir con la República los métodos que empezaron durante la Monarquía, y que todo el cambio consistía en que, en vez de aposentarse en el Palacio de Oriente un jefe del Estado vitalicio y hereditario, se aposentaría un jefe transitorio y elegible; otros, creyeron que aquello no era más que una embriaguez pasajera y que sería fácil volver a los antiguos usos. Estos errores acerca de la significación de la transformación operada, hizo imposible que la vida de la República trascurriera con tranquilidad. El pueblo, que había sentido la vergüenza de su estado, no se conformó con que la libertad fuera un mito y la democracia otra ficción. Y en cuantas ocasiones se presentaron mostró cuán firme e irreductible era su voluntad de que el cambio fuese efectivo y no aparente, y de que llegase hasta las mismas entrañas del país.

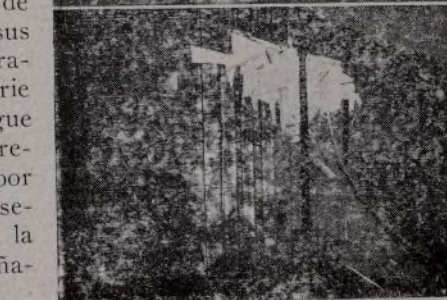
El 18 de julio de 1936, cuando las clases, hasta entonces privilegiadas, se alzaron en armas, el espíritu popular estalló en indignación y aquella ciudad frívola y alegre de antes, dada al chiste y a la bagatela, frunció el ceño, apretó los puños y dió al traste con las vacuas ilusiones de los despechados, los cuales pensaron que una capital como Madrid, envanecida con los lujos y los reflejos de la derrocada Corte, no se opondría a la rebelión. La elección fué ejemplar. El pueblo madrileño, renacido a una nueva vida, se bastó con su coraje, para aplastar a los sediciosos en unas horas. Todos los reducidos en que la facción se agazapaba tras las ametralladoras y los cañones, fueron tomados al asalto, en arrollador empuje. El pueblo de 1808, que viera Goya, el pueblo que capitaneó a Malasaña, que hizo frente

con arrogancia y entereza a los ojos de los luchadores catalanes formidables legiones napoleónicas y a los españoles afrancesados que se inclinaban reverentes ante los invasores, volvía a mostrar otra vez su temple heroico y la grandeza sublime de su espíritu.

El pueblo madrileño se consagró con alma y vida a la guerra y al trabajo. A la guerra para aplastar al fascismo invasor al trabajo para crear otra España mejor, a la que debía dar el ejemplo de su virilidad y de su hombría, así como antes se dió en su nombre el de la corrupción y el de la ligereza. Ahora sí puede mostrarse orgulloso de sí mismo, porque ese orgullo no es ofensa, sino estímulo para la emulación. Es el orgullo de quien ha sabido proceder con dignidad y con heroísmo, manteniéndose en su puesto de peligro sin flaquezas ni lamentaciones, aceptando con serenidad y altivez las más duras pruebas.

Si ante la característica más saliente de Madrid era su alegría ruidosa y vocinguera, ahora lo es su entusiasmo y su serenidad estoica.

Cierto es que por sus calles magníficas y sus bellos jardines no existe aquel tráfigo de años atrás, con su lujo insolente y deslumbrante. Pero ha demostrado que ese lujo y ese tráfigo no eran signos de su capitalidad. El Madrid de hoy, austero y sencillo, sigue siendo la gran urbe que era. Y su vida de trabajo y de guerra no le ha hecho perder el empaque y la soltura. El tableteo de las ametralladoras suena en sus alrededores; los morteros lanzan sus estampidos casi en sus calles; los cañones atruenan con frecuencia. Y, sin embargo, la población se consagra a sus tareas con toda normalidad y ofrece el espectáculo de los desgarrones que la metralla de los invasores produce en sus edificios como prueba de la rabia impotente de la barbarie enemiga al ver que no consigue apoderarse de la codiciada presa. Madrid se sacrifica hoy por España y por la libertad. Y seguro de su destino, prepara la formidable sociedad de mañana.



En el segundo aniversario de lucha

¡Soldados, Comisarios, Oficiales

y Jefes de la 14 División.

Se cumple hoy el segundo aniversario del día en que los enemigos raciales del proletariado español se alzaron en armas contra su decisión de marchar de una manera firme y segura hacia la libertad y la independencia. Seguíamos caminos pacíficos, inspirados en la tolerancia y en la transigencia, pero ellos no fueron capaces de admitir la más pequeña de las concesiones. Y llamando en su ayuda a potencias extranjeras siempre prestas a apoyar a quiénes se mostrasen dispuestos a ahogar todo intento de liberación, se lanzaron contra el pueblo que había tenido la ingenuidad de confiar en las solemnes promesas que se le hicieron. Pero el pueblo, que advirtió a tiempo los turbios designios de los rebeldes, reaccionó enérgicamente y se aprestó a defender su independencia.

De poco ha servido que en los campos españoles se volcasen millares de mercenarios y toneladas de material de guerra. El pueblo español, que es capaz de sacrificarlo todo, siempre que de salvar su independencia se trate, cerró enérgicamente contra el enemigo. Y hoy, después de dos años de constante batallar, este se encuentra agotado, intentando unos desesperados ataques definitivos, que guardan una gran semejanza con las últimas sacudidas del monstruo agonizante.

Es necesario que todos comprendamos la enorme transcendencia de nuestro esfuerzo, de nuestra lucha, no sólo para nosotros mismos, sino para todos los trabajadores de la tierra. Estos han puesto en sus hermanos españoles sus mejores esperanzas de redención segura y no hemos de consentir que sus esperanzas sean fallidas. El enemigo anhela sojuzgarnos, para hacernos esclavos a nosotros y para preparar el reinado de la esclavitud en el mundo entero. Pero de la misma manera que en épocas pasadas, el pueblo español fué capaz de resistir los ataques de todos los invasores, y de dar el primer golpe de piqueta que había de iniciar la caída de quién soñara con dominar al mundo, así también hoy, el pueblo español, que ha sido capaz de crear la máquina formidable de su ejército, será también capaz de iniciar, con su resistencia heroica, la caída en vertical de todas las ambiciones fascistas.

Nos acercamos a las duras jornadas finales en las que el enemigo tiene que intentar un esfuerzo desesperado para tratar de vencer nuestra resistencia. Pero hoy, más que nunca, firmes en nuestros puestos de peligro y de honor, debemos hacernos dignos de la confianza que en nosotros ha depositado el pueblo español. La victoria está cercana y cuantos mayores sean nuestro heroísmo y nuestro valor, tanto más inmediatamente la lograremos. Que todos y cada uno de nosotros se considere depositario del honor de la patria a la que intentan mancillar los mercenarios extranjeros, y que cada cual, en su puesto, cumpla hasta el fin con los rígidos deberes que nos corresponden.

En el segundo aniversario de nuestra lucha, ni una vacilación, ni un desfallecimiento, cuando de la independencia de España y de su libertad se trata.

¡Viva España! ¡Viva la República!

Vuestro Comandante

R. Gutierrez.

¡Soldados, Comisarios, Oficiales

y Jefes de la 14 División.

a

ra-
ión
de-
a y
pe-
an-
s a
ue
se
ios
in-

es
ol,
n-
és
n-
e-

de
o
r-
e-
a
i-
a
e
í
a
-

e

e

e

e

e

e

e

e

e



GASTEL MACHO

38



Somos un pueblo en armas. Los obreros y los campesinos cambian sus herramientas de trabajo por el fusil de combatientes, y al cabo de dos años de guerra, templándose en los sacrificios exigidos por la defensa de la Patria y de la Libertad se yerguen frente a los ejércitos invasores con un gesto lleno de gallardía espiritual y de capacidad de lucha. La gesta de España contra el fascismo es propia de los descendientes del Cid y de don Quijote: arma y espíritu contra la esclavitud y la barbarie.

(Esculturas de Gastelu Macho)